

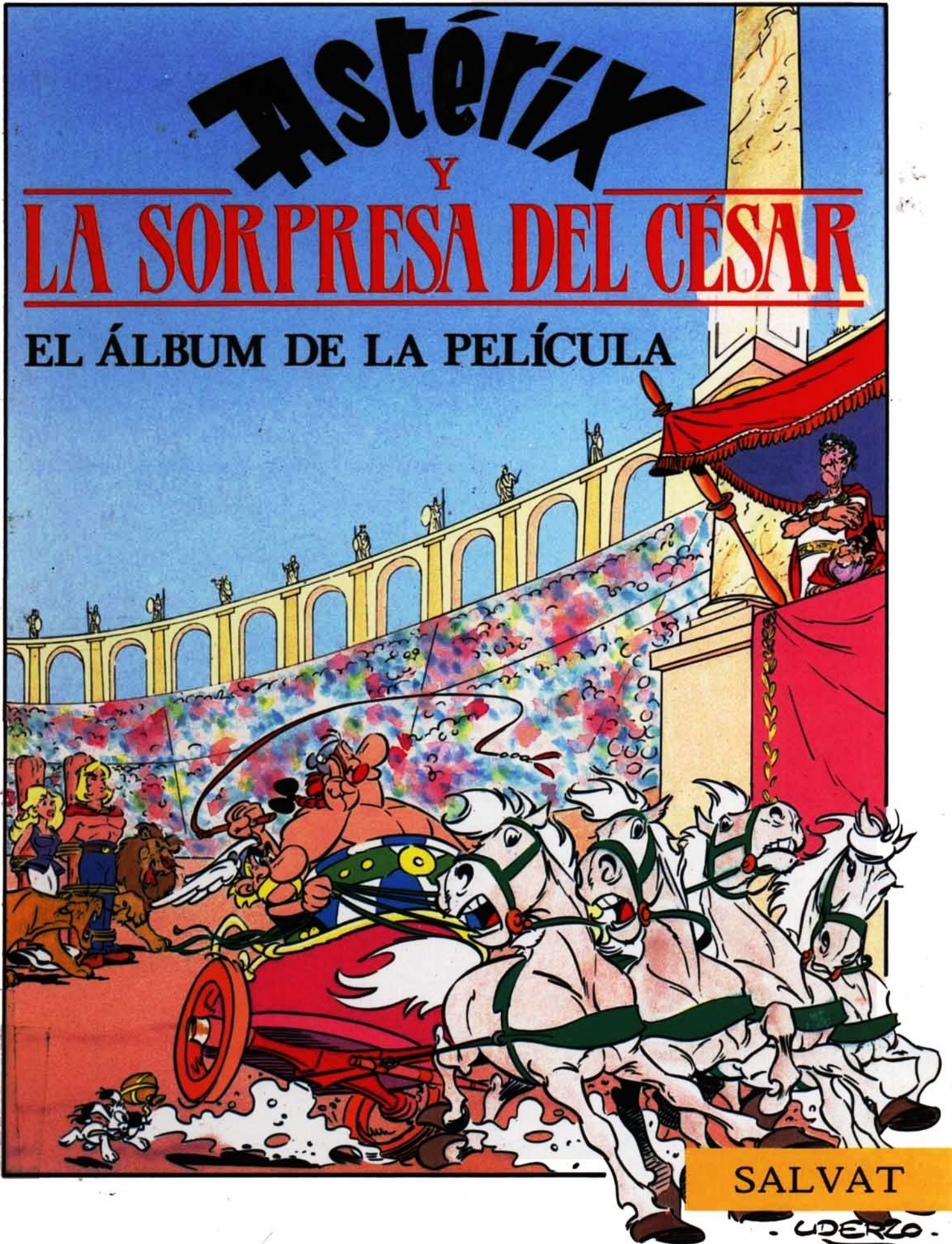
R. GOSCINNY **Astérix** A. UDERZO

# Astérix

Y

## LA SORPRESA DEL CÉSAR

### EL ÁLBUM DE LA PELÍCULA



SALVAT

UDERZO

GOSCINNY Y UDERZO  
PRESENTAN  
UNA AVENTURA DE ASTÉRIX

# ASTÉRIX Y LA SORPRESA DEL CÉSAR

EL ÁLBUM DE LA PELÍCULA



SALVAT

Este álbum ha sido realizado según la película **Astérix y la sorpresa del César**, una coproducción Gaumont, Dargaud y Les productions René Goscinny, según una adaptación de Pierre Tchernia de los álbumes **Astérix gladiador** y **Astérix legionario**. Esta película ha sido realizada por Paul y Gaëtan Brizzi con Michel Guérin como decorador jefe.

Este álbum ha sido realizado según la película **Astérix y la sorpresa del César**, una coproducción Gaumont, Dargaud y Les productions René Goscinny, según una adaptación de Pierre Tchernia de los álbumes **Astérix gladiador** y **Astérix legionario**. Esta película ha sido realizada por Paul y Gaëtan Brizzi con Michel Guérin como decorador jefe.

Título original: *Astérix et la surprise de César*  
© 1986 Les Éditions Albert René/Goscinny-Uderzo

© 1986 Les Éditions Albert René/Goscinny-Uderzo, para la presente edición y la traducción al castellano  
Traducción: Víctor Mora

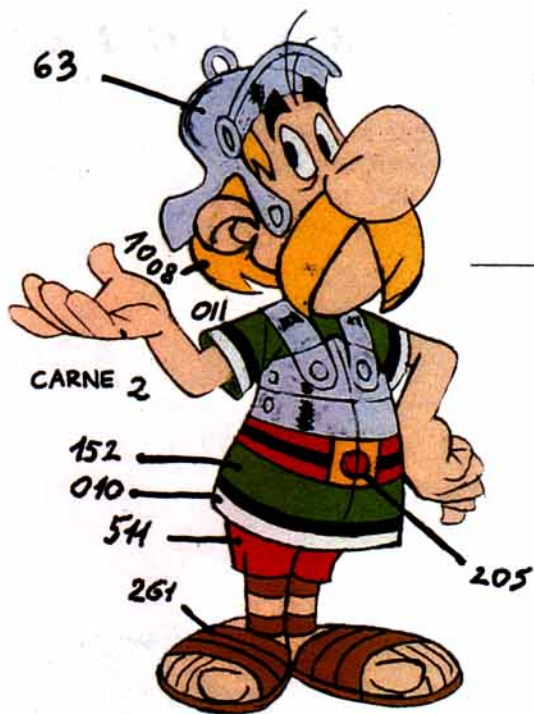
Publicado en 2001 por:  
Salvat Editores S.A.

Depósito legal: NA-1172-2001  
ISBN: 84-345-0837-0

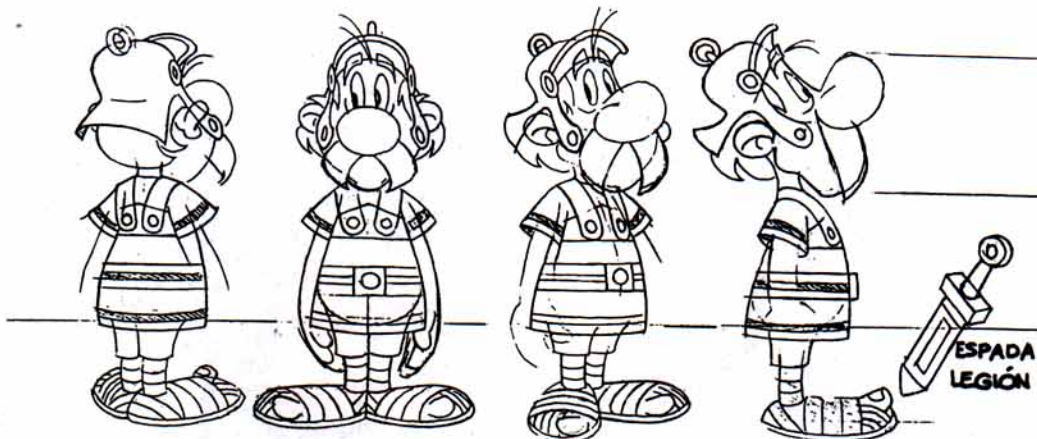
Impresión: Gráficas Estella, S.A.  
Printed in Spain-Impreso en España



ESTAMOS EN EL AÑO 50 ANTES DE JESUCRISTO. TODA LA GALIA ESTÁ OCUPADA POR LOS ROMANOS... ¿TODA? ¡NO! UNA ALDEA POBLADA POR IRREDUCTIBLES GALOS RESISTE TODAVÍA Y SIEMPRE AL INVASOR. Y LA VIDA NO ES FÁCIL. PARA LAS GUARNICIONES DE LEGIONARIOS ROMANOS EN LOS REDUCIDOS CAMPAMENTOS DE BABAORUM, AQUARIUM, LAUDANUM Y PETIBONUM...



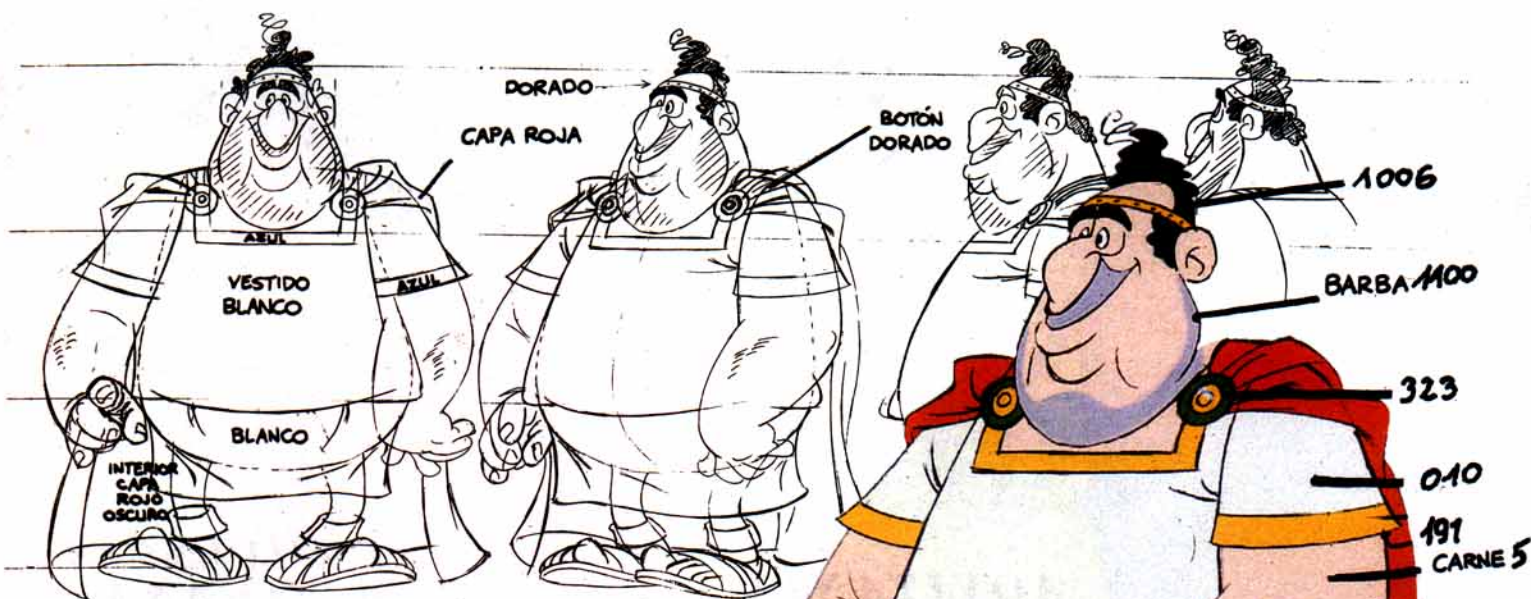
DEBAJO 273



"ASTÉRIX" (VESTIDO LEGIÓN)



Soy Astérix, héroe de esta aventura. Esos locos romanos han venido una vez más a nuestro pueblecito para pisotearnos. Y todo ha terminado en Roma, donde César había organizado una fiesta magnífica en nuestro honor. Os voy a contar, pues, cómo Obélix, Ideafix y yo hemos aprovechado la ocasión para darle una buena sorpresa al viejo Julio.



"CAYO OBTUSUS"



Soy Cayo Obtusus, héroe de esta aventura. Julio César, nuestro emperador, me ha nombrado organizador de su triunfo. Y he organizado una fiesta magnífica de la que se acordarán durante mucho tiempo en Roma.



¡Qué lindo día! Todo respira paz y alegría de vivir en nuestro pueblecito. En cambio, en el campamento romano de Babaórum se está menos tranquilo... Parece que acaban de recibir a un joven novato que le da mucho que hacer al centurión. Edadepiédrix, que se fue a buscar setas al bosque, los oyó.

El centurión (¡un cobardica!) se inquietaba:

—¿Todo va bien, centinela, nada se mueve?

—Todo va bien, centurión, nada se mueve.

—Están tranquilos. ¡Mucho mejor!

Entonces, el joven novato se ha puesto a delirar:

—Mucho mejor si aprovechamos la sorpresa. ¡Hay que caer sobre ellos! ¡Hay que aplastarlos!

—¡Eh, un momento, decurión Superbus! —le ha dicho el centurión—. ¿Eres nuevo aquí?

—He llegado con la última cohorte.

—Entonces, un buen consejo: ¡no ataques nunca a los irreductibles, decurión! De todos los pueblecitos de la Galia, éste es el más peligroso. Y de todos los habitantes de este pueblecito, los dos más terribles son una enorme bestia sanguinaria, cuyos gestos son todos la expresión de una feroz brutalidad, y un pequeñajo terrorífico que no conoce ningún sentimiento humano.

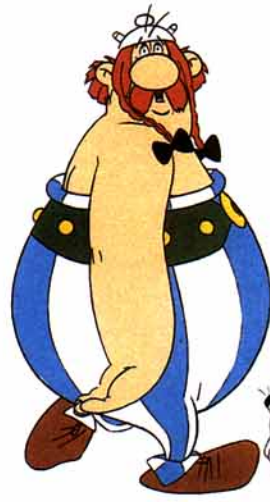
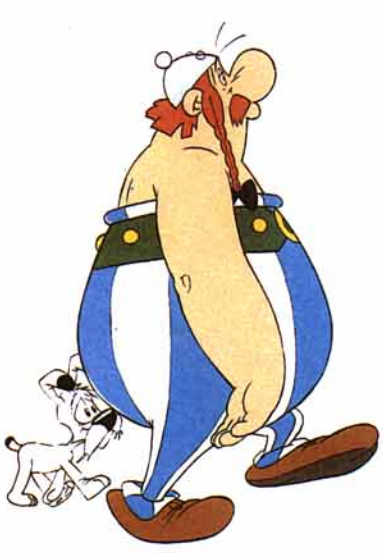


ORDENALFABÉTIX











No sólo los romanos tienen razón al temeros. Por Tutatis, que a los jabalíes del bosque les interesa desconfiar: Obélix y yo nos vamos a cazar.

En el camino, saludamos a una muchacha del pueblecito. Y aquí es donde empieza todo. Obélix, fulminado, choca contra un árbol. Claro está, el árbol se derrumba.

—¡Estás loco, Obélix! ¿Te diviertes derribando árboles mientras yo recojo muérdago?

Panorámix, nuestro druida, ha surgido bruscamente del follaje.

—¿Los árboles? ¿Dónde?

—Aquí, hombre, aquí.

—¡Ah, este árbol! ¡Es que este bosque lo cuidan muy poco, hay árboles por todas partes!

Y empuñando el árbol, Obélix lo vuelve a plantar, con su druida encima.

Luego, extrañamente, se dirige hacia el pueblecito. Lo agarro por las calzas:

—Eh, que lo de los jabalíes no es por ahí.

—Bueno, bueno, pues démonos prisa.

Nos damos prisa, efectivamente. Por mucho que intentan largarse con disimulo, agarramos a los jabalíes y les rogamos que compartan nuestro almuerzo...





¡No hay nada como un buen jabalí asado para ponerte en forma!

Y conociendo a Obélix tal como lo conozco, el remedio tiene que hacerle efecto.

—¿Qué, Obélix? Está bueno, ¿verdad?

—Aaah... Sí. Es que ¿sabes? Ya no tengo mucho apetito...

¡Grave! ¡Su caso es verdaderamente muy grave! Sólo hay un druida que pueda hacer algo por él. Corro a verle.

—¡Oh, Panorámix, druida nuestro!

—¿Sí?

—Estoy inquieto... Obélix está enfermo... Está ante un jabalí empezado y dice que ya no tiene apetito.

—¿No ha comido nada antes?

—Sí, dos jabalíes.

—Hmmm... ¡Lo que equivale a decir que no ha comido nada! Vamos a ver.

Otra vez nos cruzamos con la bella gala rubia.

—Dime, Panorámix, ¿quién es?

—Es... ¡Oh! ¡Mira! ¡Aquí tienes a nuestro desganado!

—¿Qué?

—¡Sí, no tiene apetito! ¡Je, je!

Efectivamente, detrás de la bella, Obélix avanza como en sueños:

—¡Eh! ¿Adónde vas, Obélix?

—Voy a entregar un gran menhir...

—¡Pero si no llevas ningún menhir!

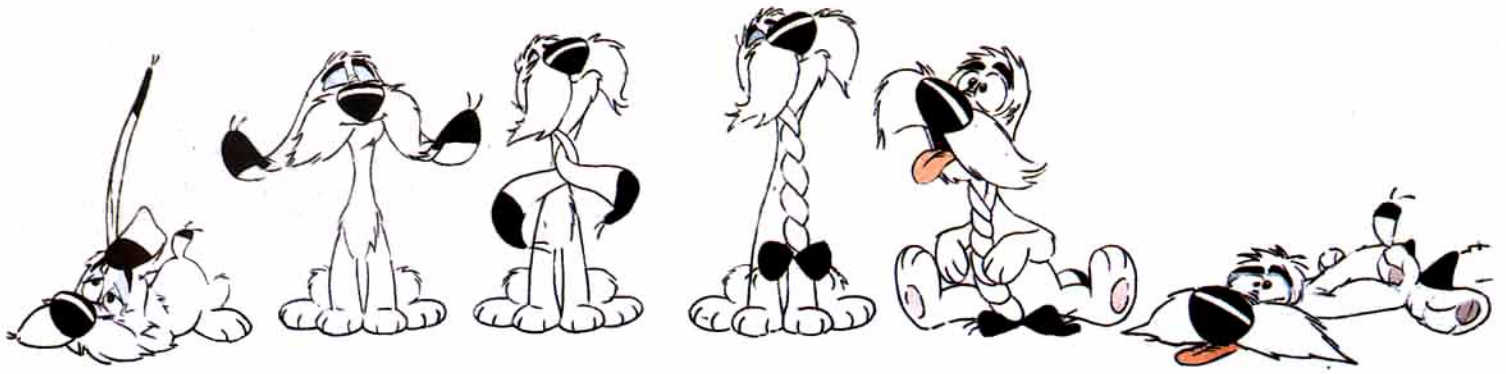
—¿Cómo? ¿No llevo ningún menhir...?

¡Pobre Obélix! Hasta Ideafix se lo queda mirando, extrañado.

En dos palabras, Panorámix explica:

—Es Falbalá, la sobrina de nuestro jefe. Viene de Lutecia, donde ha estudiado. Falbalá, ¿conoces a Astérix?





—¡Ah! ¡Hola, Falbalá! No te reconocía. Cuando te fuiste, aún eras una niñita peinada como un chico, con trenzas, como Obélix. ¿Te acuerdas de Obélix?

—¡Claro que sí! Fue él quien se cayó dentro de la poción mágica, cuando era pequeño. ¿Qué tal, Obélix?

—Ho... Ho... Hola... Fal... balá...

Pero Falbalá ya se ha marchado.

Panorámix suelta una carcajada.

—Ji, ji, ji, Obélix, amigo mío, tú estás enamorado. ¡Ah! ¡La enfermedad del amor, je, je, no tengo poción mágica que la cure!

Y nuestro druida se vuelve a sus calderos, dejando a Obélix desamparado, como aporreado por un menhir...

Me apiado de él.

—Entre nosotros, Obélix, ¿te gusta, verdad, la pequeña Falbalá?

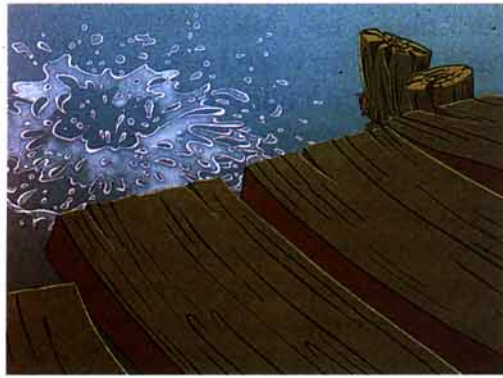
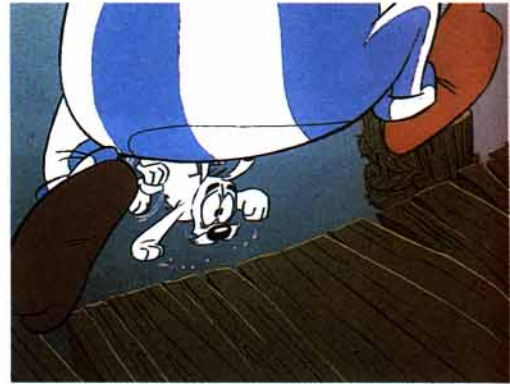
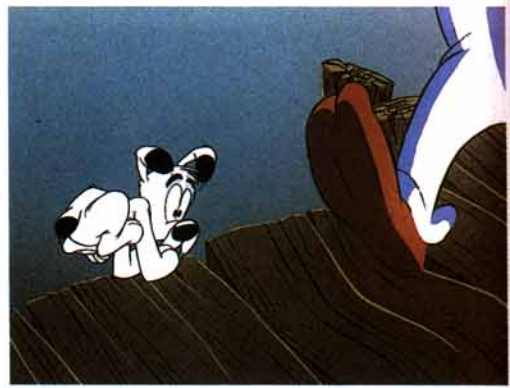
Por toda respuesta, sólo obtengo un vago gruñido.

—¿Tanto te gusta?

El gruñido se acentúa...

—Pues mira, tendrías que llevarle un regalito...

—¡Ésta es una buena idea! —exclama Obélix.





Dicho y hecho: un relámpago blanquiazul cruza el puentecillo sobre el cual discutimos. Vuelve con un gran regalo bien envuelto.

—¡No, Obélix, no! ¡No le vas a regalar eso!

—¡Pero si es el menhir más bonito que tengo!

—Más bien deberías regalarle... ¡Mira, flores! Tendrías que ir a buscar un lindo ramo al bosque. ¡Eso sí que le gustará!

—Tú sí que sabes, Astérix...

Y allá va mi Obélix, ramito en mano, con florecillas que hacen juego con el rayado de sus calzas. Le animo:

—Muy bien, tu ramito, muy poético. ¡Anda, ve a llamarla!

—¡No! ¡Tú! ¡Yo no me atrevo!

—Está bien... ¡FALBALAAA!

—¡Chist! ¡Que te va a oír!

—¡Falbalá, mi amigo Obélix tiene un regalo para ti!

Con gesto maquinal, Obélix tiende las flores a punta de brazo.

No queriendo estorbar tan dulce coloquio me dispongo a marchar. Cuando de repente...





¡Golpe de teatro! Falbalá ha tirado las flores al aire y se ha precipitado en los brazos de un guapo y joven galán. Y no es Obélix...

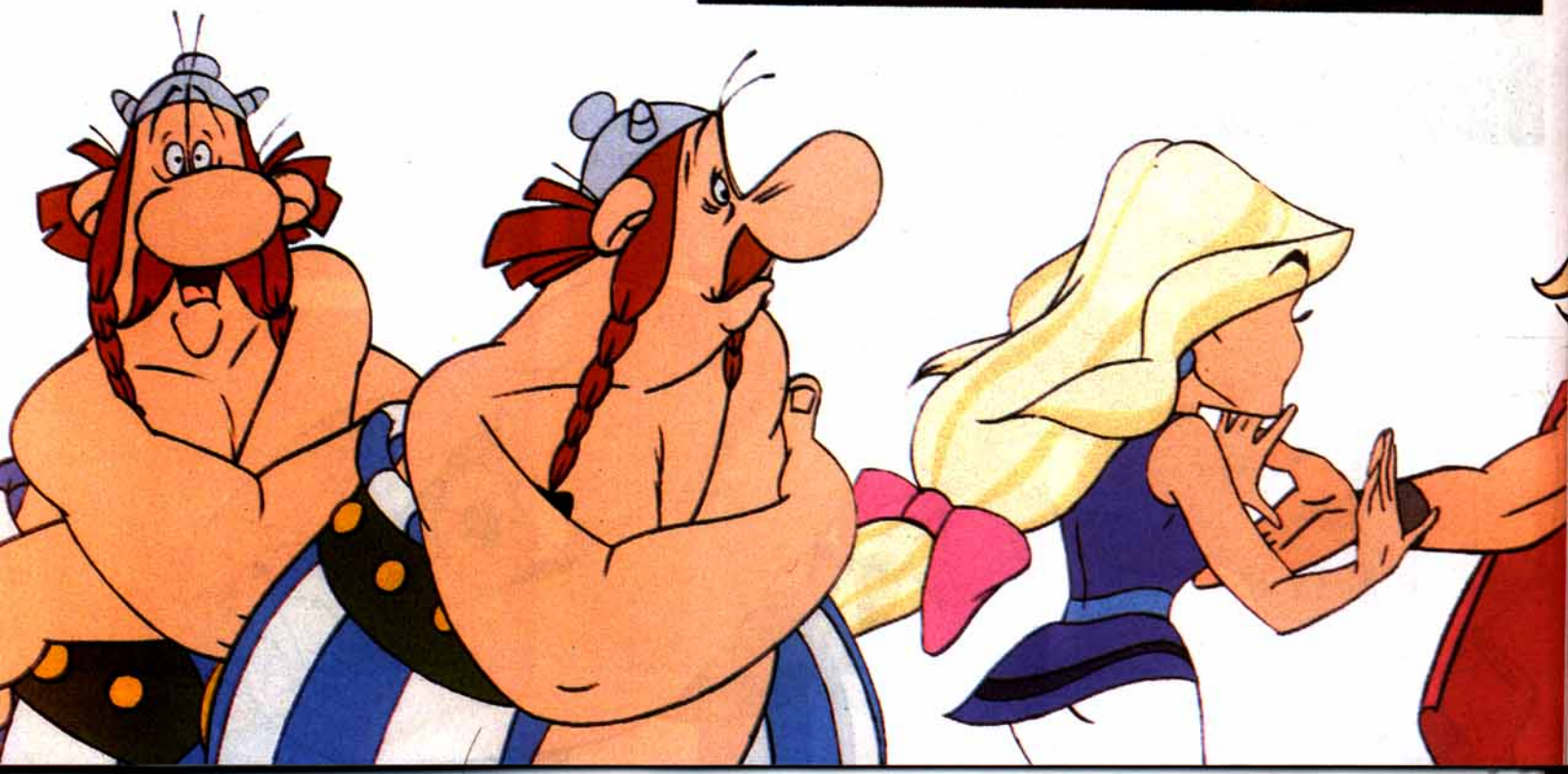
Perdido en su sueño amoroso, no se da cuenta en seguida de que la bella Falbalá ya está lejos de él.

Por si hiciera falta, Abraracúcix, nuestro jefe, le arrebatara sus últimas ilusiones:

—¡Es Tragicómix, el hijo del jefe Asdepix! Son novios. ¡No tienes la menor oportunidad!

Con gran sorpresa del jefe, Obélix empieza a sollozar. Entonces, en dos palabras, le resumo la situación: «¡Está enamorado!»

Mientras tanto, los novios se eclipsan hacia el bosque, ignorando que un indiscreto los sigue de lejos, a cuatro patas...





¡Nunca había visto a Obélix en semejante estado! Como puedo, trato de consolarle. Bruscamente, surge Ideafix. Tiene entre sus dientes una cinta rosa: la de Falbalá. ¿¡POR BELENOS!?

—Dime, Ideafix, ¿dónde la has encontrado?

¡Simpático perrito! Nos lleva a toda velocidad hacia el bosque. De repente, se para al pie de un zarzal.

—¡Obélix, Ideafix ha encontrado algo!

—¿Qué es?

—Un casco. Esto es cosa de los romanos. Han secuestrado a Falbalá y a Tragicómic.

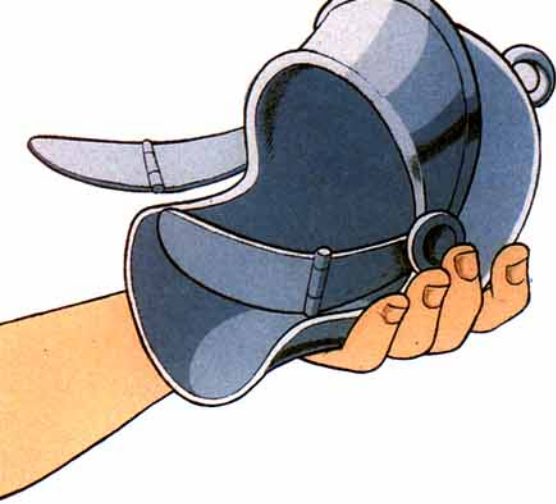
Obélix, que sólo escucha a su valor, está listo para combatir:

—Estupendo, estupendo, estupendo, vamos allá...

—¡Ah, no! No estaría bien aprovecharnos nosotros solos. Vamos a buscar a los amigos de la aldea.







Y empieza el ritual. Caldero. Agua caliente. En la penumbra de su cabaña, Panorámix echa, uno a uno, los ingredientes secretos. Hervores alegres, luego furiosos. Bogavante. Un perfume extraño y penetrante se escapa hasta nosotros.

Esperamos, juiciosamente alineados ante la puerta, pese a los no menos rituales «no empujéis-ahí-atrás».

Edadepiédrix, decano de nuestro pueblecito, tiene el honor de probar primero esa poción mágica que da una fuerza sobrehumana.

Y por una vez, sí, por una vez, Obélix no pide que le den:

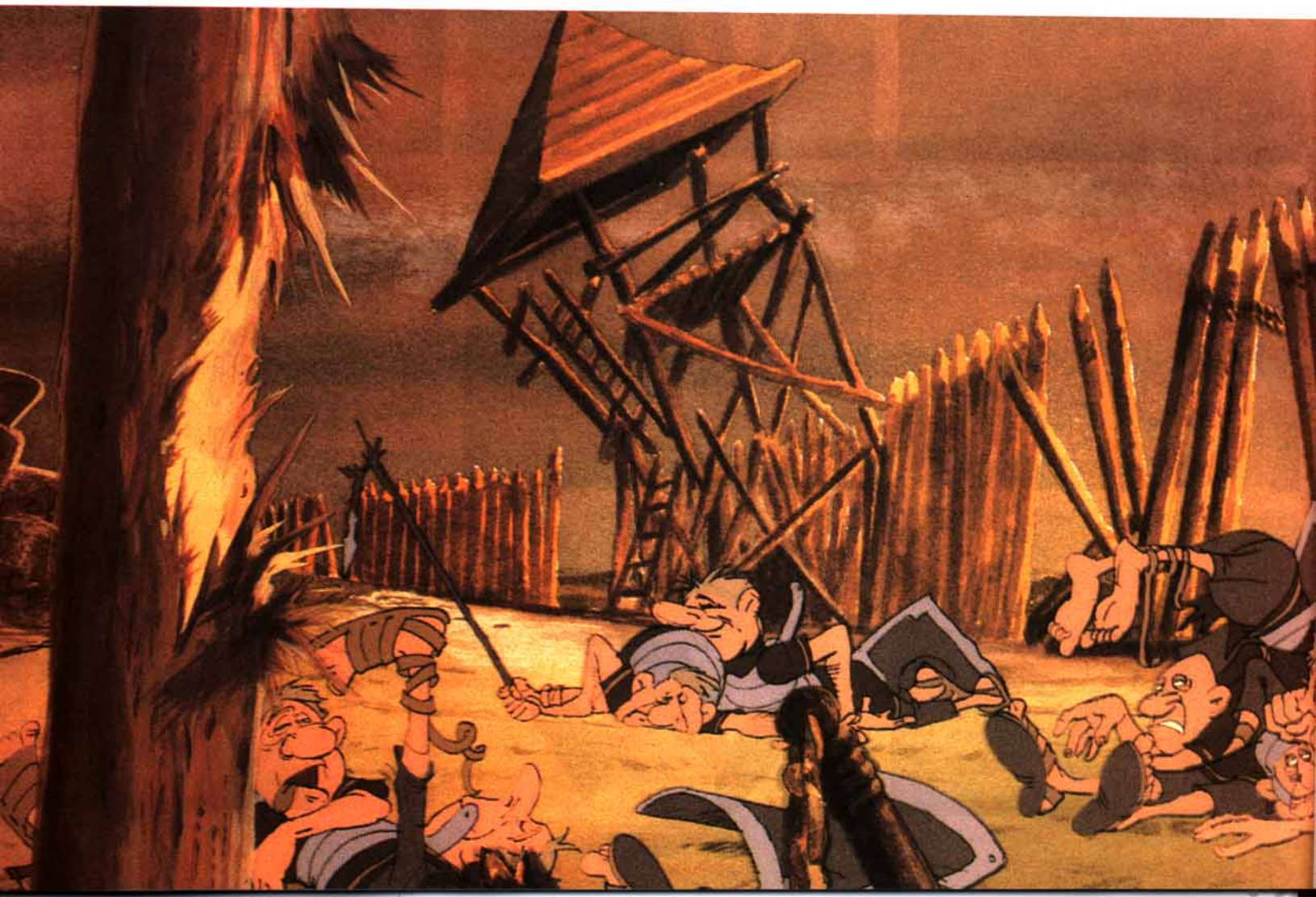
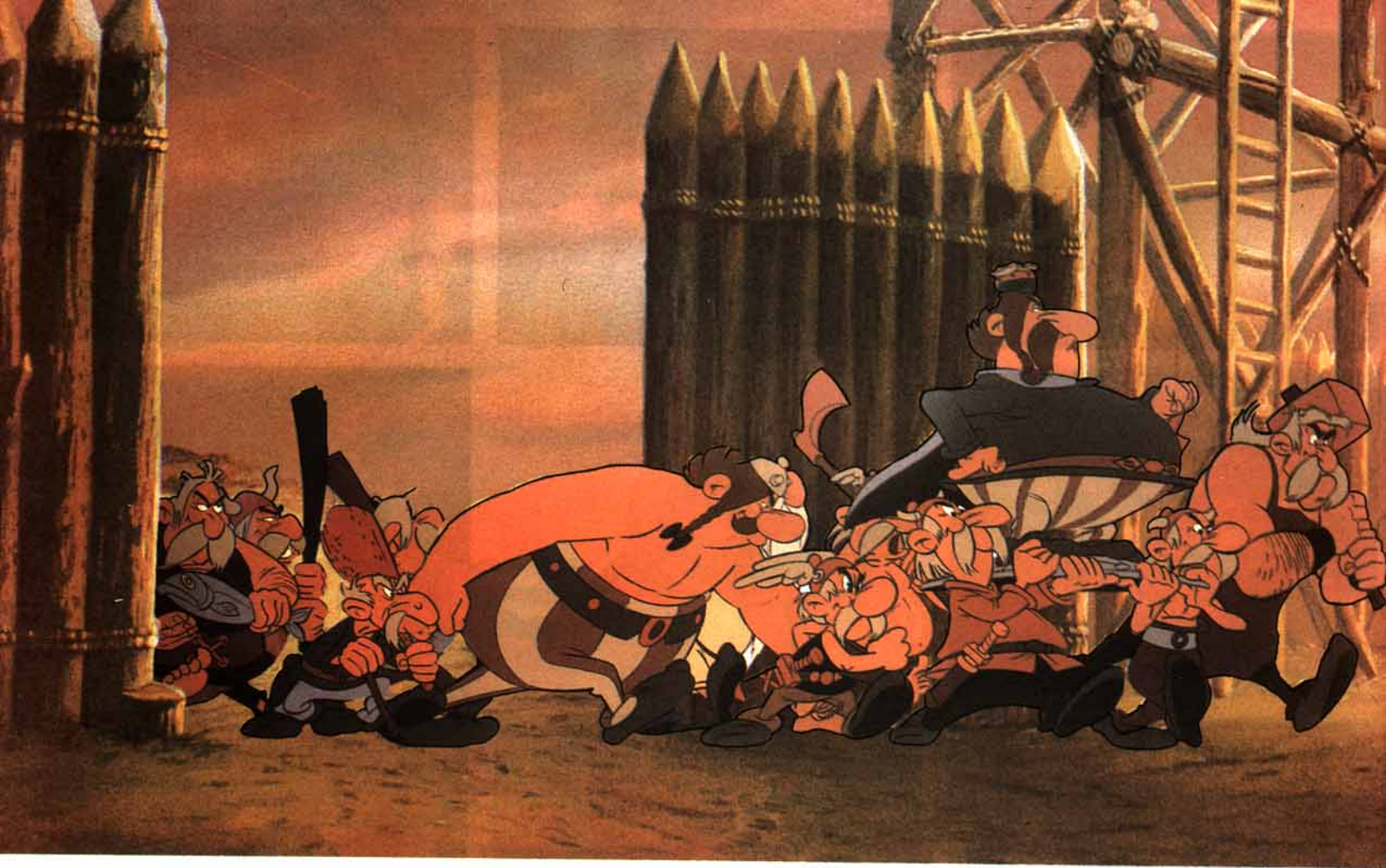
—¿Ves, Panorámix? Hoy no reclamo poción mágica. Porque sé muy bien que si te pido poción mágica, me dirás una vez más que-me-caí-dentro-cuando-era-pequeño-y-bla-bla-bla...

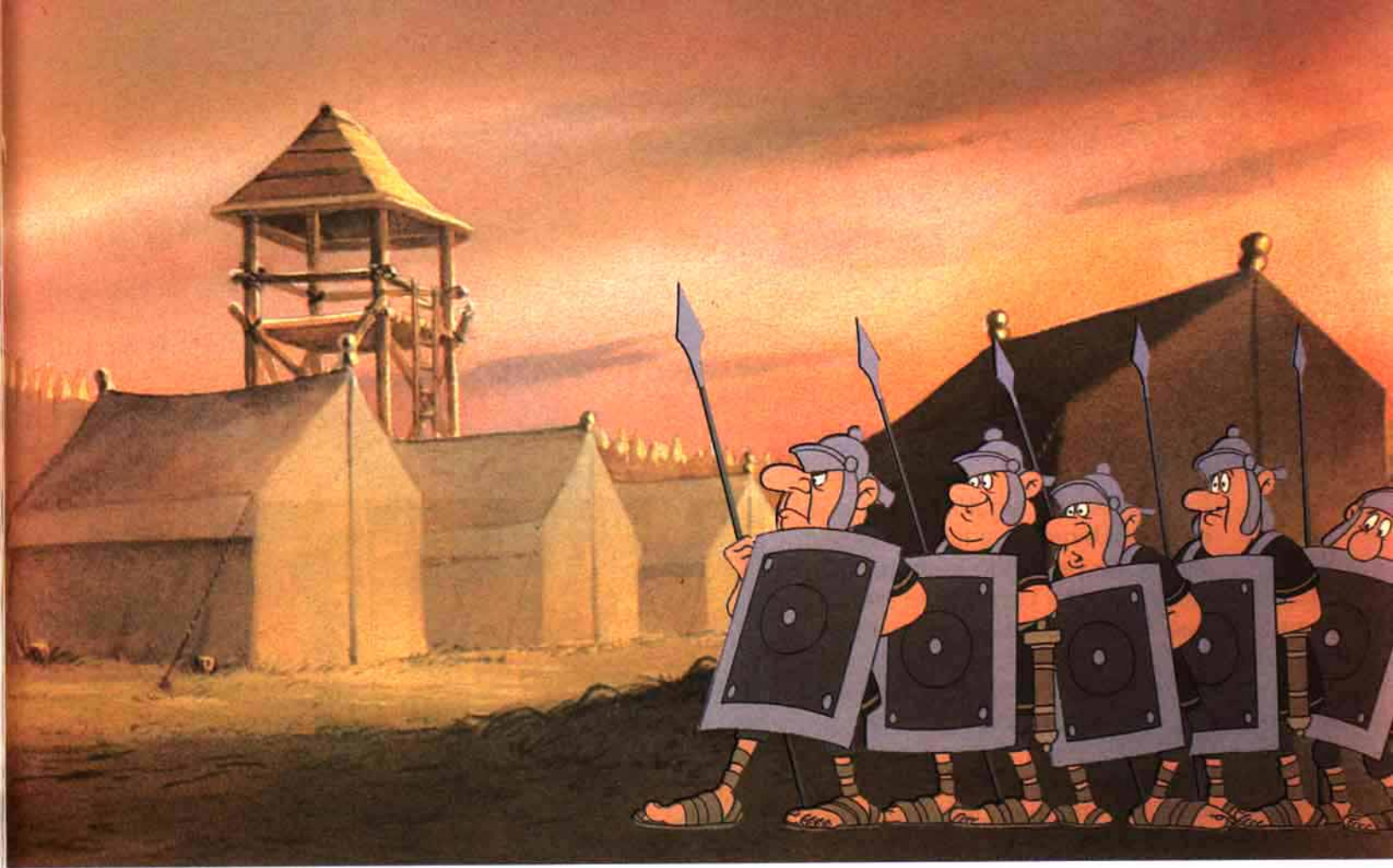
Y por fin dan la señal:

—¡AL ATAQUE, POR TUTATIS!











La batalla que siguió fue tal que, en consideración a las almas sensibles, he preferido guardar silencio sobre ella. Un silencio idéntico al que planea ahora sobre el campamento romano.

En un rincón, el centurión Terminus está hecho polvo. Sin embargo, bravucón, me espera:

—¡Veni, vidi, non vici!

Galo, todo yo lo dispuse para una muerte tan justa.

¡Un romano morir sabe! Y con esta espada robusta,

tú cortarás el hilo de mis días...

—¡No digas más tonterías! ¡Lo que te mereces es un buen par de tortas si no me dices dónde están los prisioneros!

—Ah, esos prisioneros... ¡Triste asunto, a decir verdad! Si ese imbécil de decurión Superbus no hubiera intentado hacer méritos al arrestarlos, todavía estaríamos dedicados al cultivo de nuestras lechugas. ¡Me saqué de encima tus prisioneros, galo! Van hacia Condate.\* Se fueron a la Legión Extranjera.

Ahora sé lo que nos queda por hacer.

—¡Eh, Obélix!

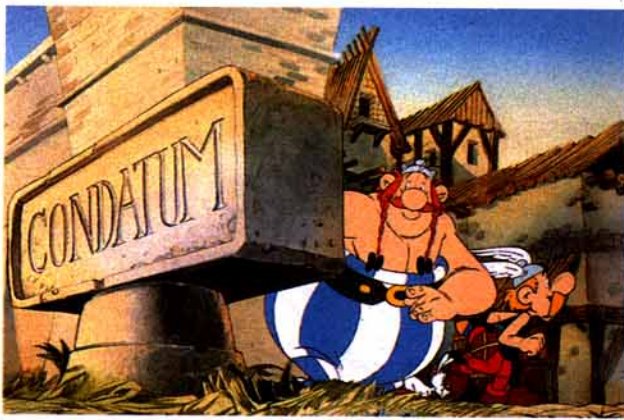
—¡Me acabo este último y voy!

—Basta ya. ¡Nos vamos a Condate!



\* Rennes





En Condate, lo primero que hay que hacer es preguntarle a un legionario dónde está su cuartel general. Precisamente, ante nosotros, una patrulla martillea la calle con su paso cadencioso.

—¿La paramos, Obélix?

Siempre servicial, Obélix se abalanza y con su puño cadencioso martillea a los romanos. Se me está subiendo la Roma, digo, la mosca, a la nariz:

—¡Pero si bastaba con pararlos!

—Bueno, pues están parados.

—¡A veces hay que saber ser amable, Obélix!

Atrapando un pie que sobresale del montón, lo sacudo vigorosamente.

—¿Queréis tener la amabilidad de decirme dónde se encuentran las oficinas de la Legión, por favor?

—Tercera calle a la izquierda, pero no me peguéis más, os lo ruego.

—Gracias.

Prefiero ir allá solo. Con Obélix nunca se sabe... A veces carece de tacto.

Me presento amablemente ante el legionario de guardia. Sin embargo:

—No se pasa, galo. ¡Si quieres enrolarte, haz cola como los demás!

—Perdóname, vengo a informarme...

—¡He dicho que a la cola, galo!

Este militar no resulta muy civil, y me veo obligado a utilizar mi fuerza bruta. Lo que deja a Obélix algo perplejo...

—Bueno, pues no veo en qué resulta la amabilidad de Astérix diferente a la mía.





Un rotulito sobre una puerta: INFORMACIONES. Golpeo. Al otro lado, reaccionan:

—¿Qué? ¡Aquí no viene nunca nadie!

Golpeo con más fuerza. ¡BANG!

—¡Sí, hombre, rompe la puerta! No hay que decírmelo dos veces.

¡¡¡CRAAAAC!!! Y en tono amable:

—Busco a un legionario llamado Tragicómix y enrolado a la fuerza en Armórica.

—No te podemos dar ese tipo de información...

Golpeo aún más fuerte. Pero ya no la puerta.

—¡Aah, espera, aquí está su hoja de ruta!

La situación es grave. Llamo a Obélix. Pero se diría que él tiene que cumplimentar también algunas formalidades administrativas.

—Astérix —se informa Obélix—, el romano con el que has sido tan amable, se muestra muy amable conmigo, ¿puedo mostrarme muy amable con él?

—¡Claro que sí!

—Alza un poco la cabeza, romano, por favor.

Y de nuevo tiene la suerte el legionario de poder apreciar los buenos modales galos...

En dos palabras, pongo a Obélix al corriente:

—Tragicómix y Falbalá van de camino hacia África. ¡La única manera de ir allá es enrolándonos en la Legión lo antes posible!

De modo que volvemos a salir para hacer cola con los demás voluntarios de la Legión Romana.

Apenas vuelto a tierra, el ordenanza nos mira sin entender. ¡Y eso que hablamos en latín!







Algún tiempo después, nos vienen a buscar:

—¡Ah! ¡Ahí están nuestros jóvenes voluntarios para la Legión!

¡Sed bienvenidos! Soy el decurión Rompehúmerum, vuestro gran amigo. Molestaos en entrar, por favor... Vamos a tomaros la filiación. Tú, ¿cómo te llamas?

—Faifocloctí, britano, yo digo.

—¡Pues aquí tomarás mucha tila! ¡El siguiente!

—¡Arenaldesevilla y Olé!

—¿Y eso cómo se escribe?

—Oye, decurión Rompehúmerum, nos da igual. Escribe únicamente «¡Olé!». Nosotros somos Astérix y Obélix. Apresúrate a inscribir nuestros nombres. Tenemos prisa.

Efectuadas esas pequeñas presentaciones, el ejército romano se encarga de disfrazar de legionarios a sus nuevos reclutas. Algo sorprendido de su metamorfosis, Obélix se informa:

—¿Y ahora estamos en el ejército?

Pero al decurión ya no le quedan ganas de guasa:

—¡Silencio! Estás en el ejército ahora.

Obélix le apunta:

—Bueno, es lo que acabo de decir.

Entonces, Rompehúmerum, nuestro decurión, se excita:

—¡Poneos en fila, y ahora mismo! Vamos a empezar la instrucción.

De nada sirve:

—¿Quieres que sea amable con él, Astérix?

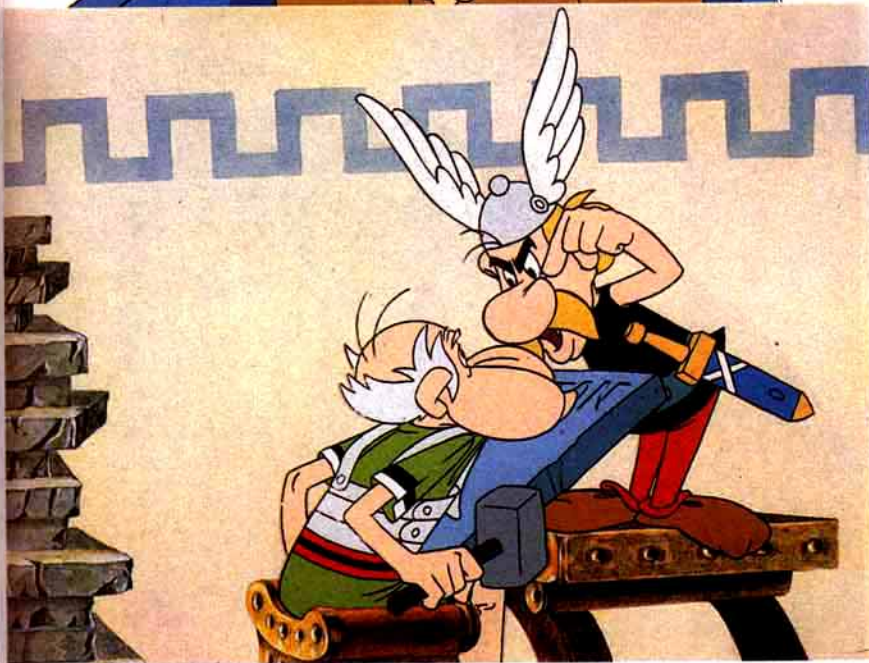
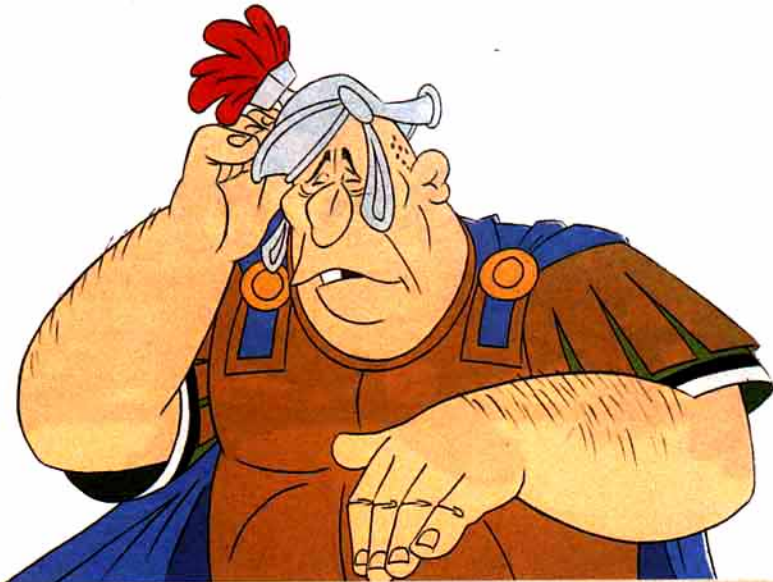
—Todavía no, Obélix.

Agotada la paciencia, el decurión aúlla:

—¡Silencio, vosotros dos!

Pero es un incomprendido...





—What he says?

... que intenta comprender...

—¿Qué dice el britano?

Desgraciadamente, sigue sin que le oigan.

—What he says?

De modo que vuelve a preguntar:

—¿Qué es lo que dice?

El vikingo acude en su socorro:

—Creo que preguntar lo que vos decir.

Rompehúmerum se explica:

—¡SILENCIO!

Mientras Obélix hasta dice más:

—¡SIII-LLEEN-CIO!

Me toca a mí excitarme:

—¿Acabaremos de una vez, romano? ¿Hacemos la instrucción, o qué? Yo tengo prisa.

En el mismo instante, un toque de trompeta suena en el cuartel. El hispano, el britano, el godo y el vikingo reaccionan todos a una:

—¡SOPA! SOUP! SOUPE! *suppe!*

En el fondo, me parece que yo también tengo un huequecito. Y sigo a los demás que corren hacia la cantina.

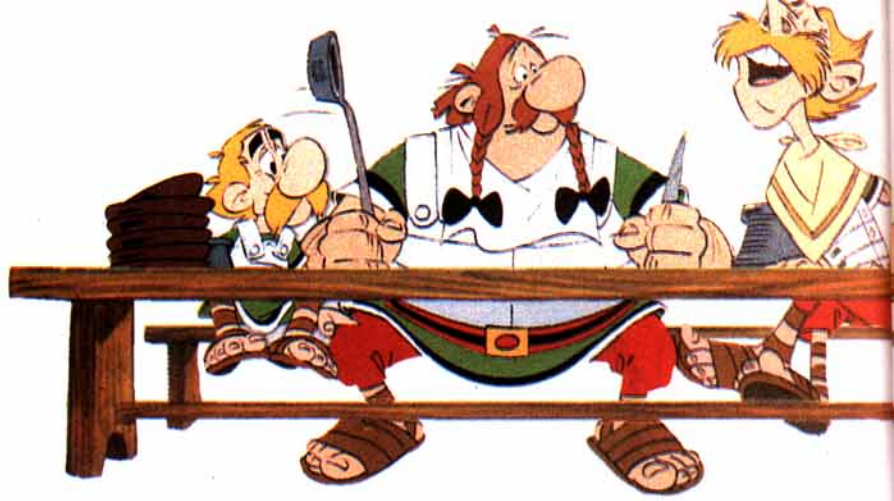
Detrás de nosotros, Rompehúmerum estalla en sollozos. No veo bien por qué... Pero Obélix, que tiene mundología, ha comprendido:

—Entre nosotros, Astérix, creo que está enamorado.

Y por lo que a él respecta, curado de esa enfermedad, añade:

—Oye, Astérix, ¿crees que nos van a dar jabalí?

—¡Ten en cuenta, Obélix, que cuanto más poderosos son los ejércitos, peor es el rancho! ¡Así, los guerreros están siempre de mal humor!



No tardaremos en saber a qué atenemos: un legionario entra con un caldero humeante. Con un cucharón —¡SPLOTCH!— llena nuestras escudillas. Y muy pronto, la mixtura hace efecto sobre el mal humor de guerrero romano:

—¡Uff! No sabía yo que el ejército romano era tan poderoso. Bromas aparte, cocinero, ¿qué es esto?

—La comida del legionario. Trigo, tocino y queso. Se cuece junto para ganar tiempo.

—¿Y es igual todos los días?

—¡Ah, no! ¡El domingo hay ración doble!

—¡Hay que ser britano para que a uno le guste esto!

—Oh yes! Splendid! Marvellous! Wonderful! ¿Es no ello?

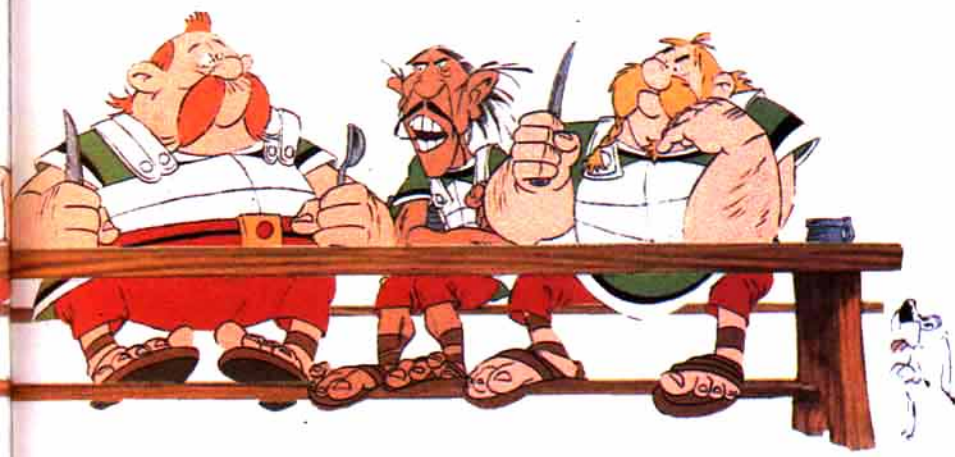
En cuanto a Obélix, no soporta ese atentado a lo que hay de más sagrado en él: su gula. De modo que, sin vacilar, nos vamos a ver al «cocinero».

—Oye, ¿eres tú quien prepara la comida?

—¿Por qué?

—¡Porque no está buena!





Pese a todo, el así interpelado sigue amable:

—¿Acaso los grandes *gourmets* desean hacerme sus pedidos antes de la comida?

—Oh, sí, yo pediría jabalíes.

Incluso se vuelve muy amable:

—¡Mm! ¿Deseáis platos más refinados? ¿Tenéis gustos más delicados?

Pero estalla de repente:

—¡Salid de mi cocina, o hago que os metan en el calabozo!

Y entonces, Obélix:

—Dime, Astérix, ¿puedo ser amable con él?


—Os lo iba a rogar, mi querido Obélix.

Y uniendo el gesto a la intención, Obélix condimenta amorosamente para el *chef* una torta muy picante a la que acompañan tropezones variados. Y cuando el hombre queda lo que se dice frito, yo añado:

—¡Escúchame bien, romano! ¡Cada vez que quedemos descontentos con tu rancho, volveremos a verte!

Y nos damos media vuelta, dejando al «cocinero» escabechado en su propio jugo...





Después del rancho, Rompehúmerum, nuestro instructor, va al corazón del tema:

—Quedáis incorporados a la I<sup>a</sup> Legión, III<sup>a</sup> Cohorte, II<sup>o</sup> Manípulo, I<sup>a</sup> Centuria. Hay que decir todo esto al presentarse a un superior. ¡A ver, el pequeñajo!

—¡Astérix, galo!

Obélix tiende la mano a su vez:

—Yo soy Obélix... Y vos, ¿cómo os llamáis?

—Decurión Rompehúmerum, I<sup>a</sup> Legión, III<sup>a</sup> Coh... ¡Ah! ¡Grrr! Ve a ponerte en fila, vamos a empezar la instrucción.

—Legionario Obélix, esto es un pilum. ¡Hay que darle a aquel blanco de allí! ¡Hala!

Y el pilum de Obélix atraviesa magníficamente el patio, luego el blanco, para alcanzar por fin al cocinero, el cual no aprecia demasiado aquella intrusión en la parte más carnosa de su individuo:

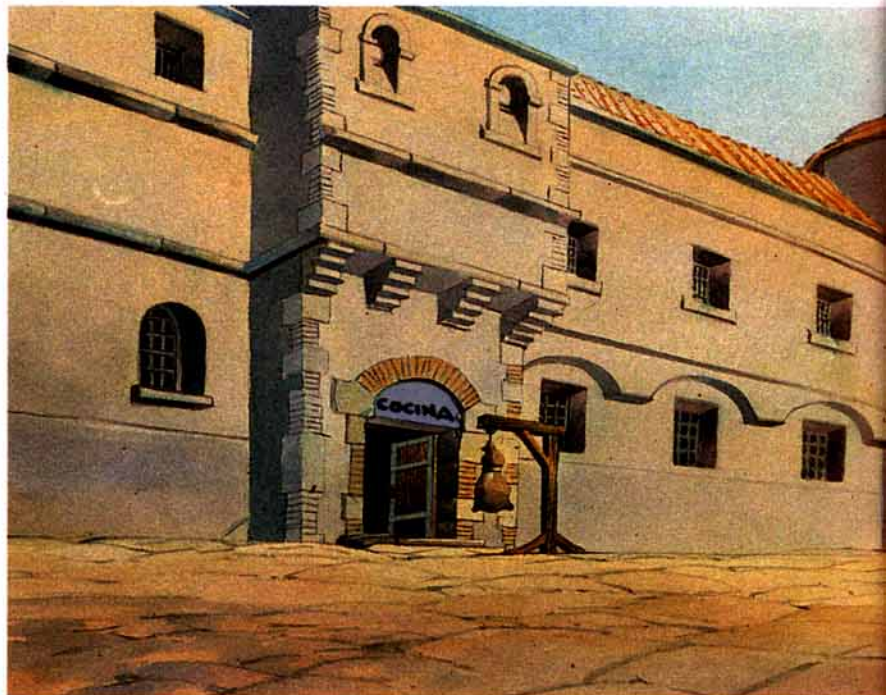
—¡Ay, dadme tiempo para prepararles unos jabalíes!

Algo sorprendido, Rompehúmerum empieza ahora a iniciarnos en otra arma.

—¡Vamos a ejercitarnos con el gladius! Son armas de instrucción de madera, claro... ¡Venga, adelante, tú! ¡Yo te ataco y tú te defiendes!

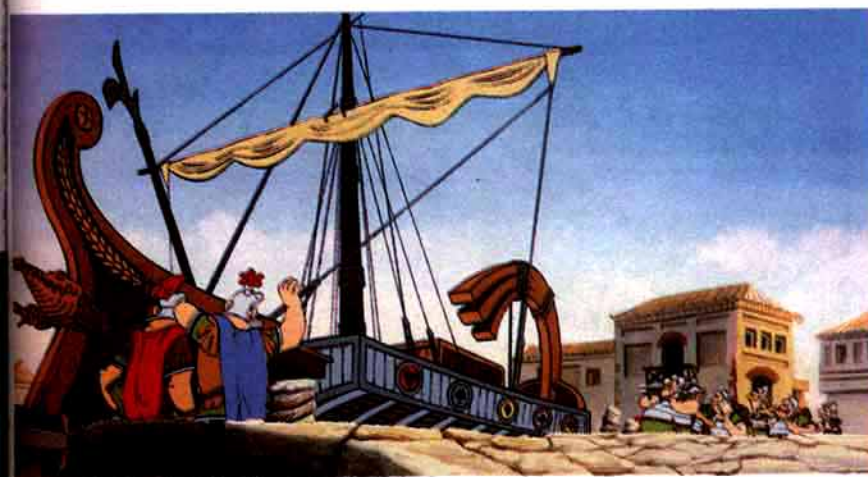
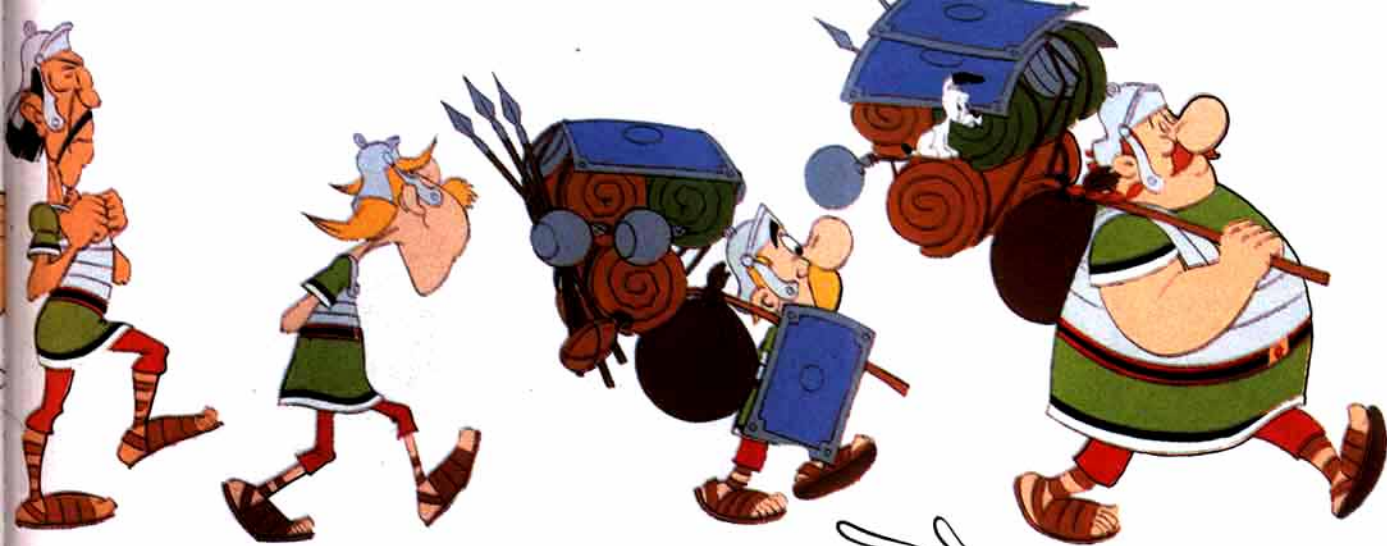
Disciplinado, Obélix obra en consecuencia, y Rompehúmerum vuela por los aires rumbo a la cocina. El cocinero no había previsto aquel ingrediente.

—¡Decurión, esto no es serio, el rancho va a tener un gusto extraño!









Bajo el mando del decurión Rompehúmerum, que había decidido que nuestra instrucción ya había durado demasiado, nosotros, los hombres de la I<sup>a</sup> Legión, III<sup>a</sup> Cohorte, II<sup>o</sup> Maniloquesea, I<sup>a</sup> Centublablá, dejamos Condate por Massilia,\* puerto de embarque hacia África.

Al principio, nuestro jefe se embala:

—¡Hatajo de bárbaros! ¡Ahora galleáis menos! ¡En marcha, por la gloria de Roma!

¡Bravo! ¡Bien dicho! Sólo que nosotros, en lugar de ir al paso, corremos a toda velocidad para llegar más de prisa. Y con buen humor. A ese ritmo, Rompehúmerum se embala mucho menos:

—Hemos caminado bastante. Vamos a hacer una pausa.

Pero nosotros nos guaseamos:

—¡Aquí no pausa nadie!

Ahora, nuestra pequeña tropa sigue siempre en marcha, pero el orden del convoy ha quedado algo modificado.

Lejos, detrás, Rompehúmerum habla de abandonar la Legión Romana y de volver a Roma donde buscará utilizar de otra manera sus competencias...

Por fin, llegamos a Massilia. El capitán del barco parece estar impaciente por partir. No tanto como nosotros.

—¡Tenemos prisa! ¡Retirad la pasarela! ¡Largad amarras!

—¿Qué decís?... ¿Largar las amarras?

¡Demasiado tarde! Las amarras están largadas, la cadena del ancla sube poco a poco, la gran vela se hincha, y nos vamos...

Rompehúmerum no viene con nosotros. ¡Por Belenos! Lo prefiero así, Rompehúmerum: el mar y tú, me habríais hecho llorar.





Después de unos días de pacífica navegación, llegamos a las puertas del campamento romano.

Su interior, como es lógico, está lleno de romanos. Por prudencia, prevengo a Obélix:

—¡No los toques! ¡De momento son amigos!

—Entonces, ahora somos amigos de nuestros enemigos... ¡Explicámelo, Astérix!

Pero como lo primero es vivir y filosofar es secundario, llevo a Obélix hacia la cantina.

El mesonero habla con la ronda:

—¡Ah, el desierto! Viento, arena... arena, viento... hay que estar loco para salir con semejante viento. ¡Deben de estar bien apañados!

Yo aguzo el oído:

—Ah, ¿quién, eso?

—Dos galos, un hombre y una mujer.

Y nos cuenta que la mujer (seguramente se trata de Falbalá) le gustaba al centurión Aprovechadortrucus. Entonces, cuando él se ha mostrado demasiado osado y ella le ha parado los pies, el otro gallo (¡Tragicómix!) ha intervenido. Se ha llevado a la chica en un carro y esos dos inconscientes han huido hacia el desierto.

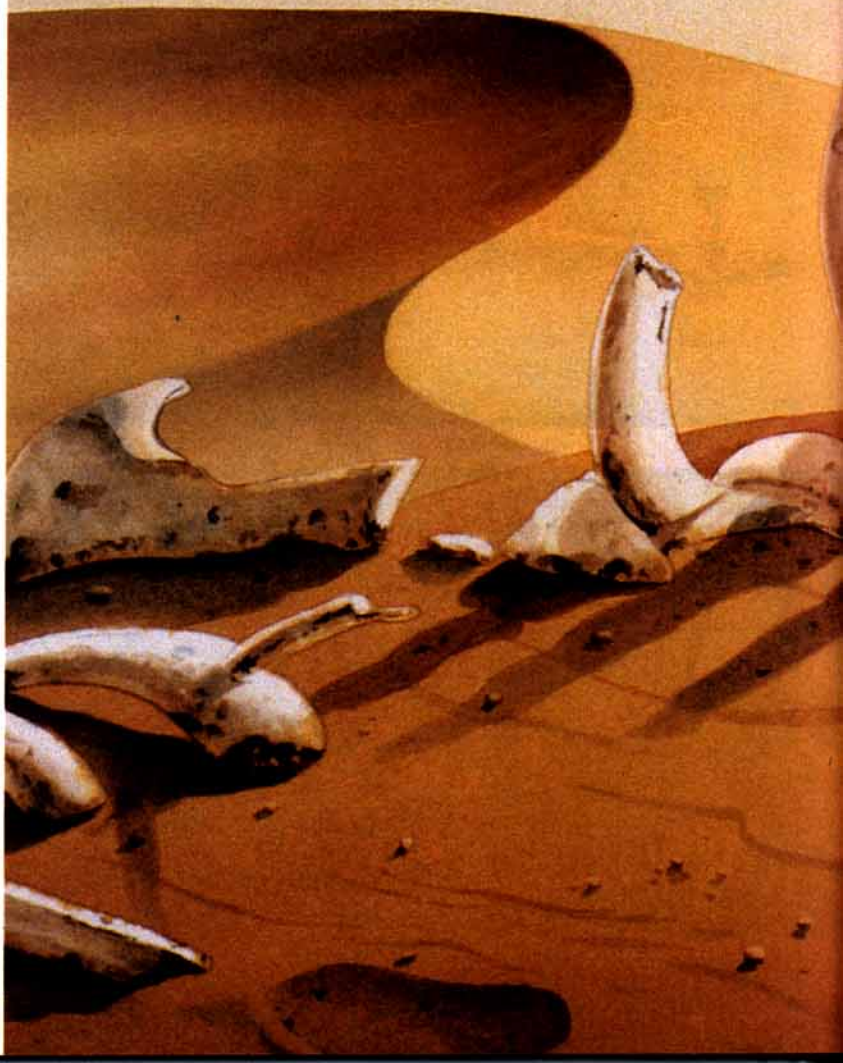
Para nosotros la cosa está clara: aquí ya no tenemos nada que hacer. Llamo a Obélix, que busca por todas partes un jabalí asado.

—¡Eh, Obélix, nos vamos!

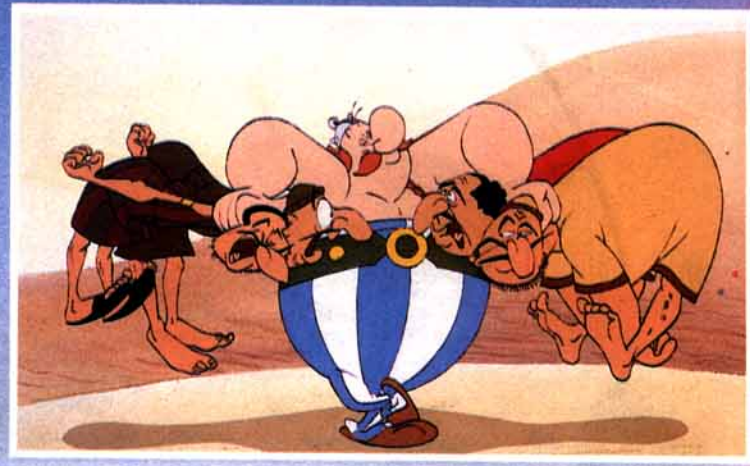
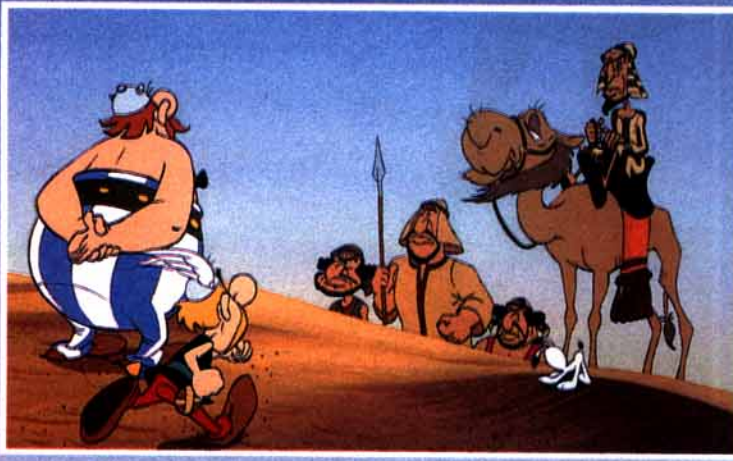
Sorpresa del mesonero:

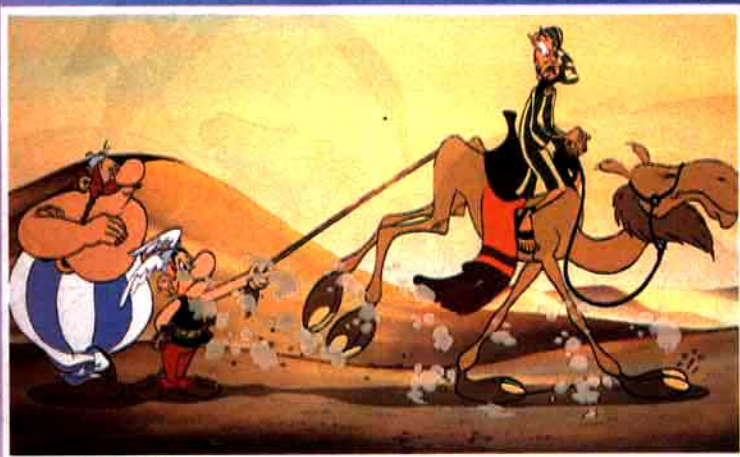
—¡Pero los legionarios no pueden abandonar el campamento!

—¡Pues, entonces, nosotros ya no somos legionarios! ¡Venga, en ruta!









Avanzando lentamente por el desierto inmenso, no habríamos ido muy lejos si...

—¡Astérix, allí, una caravana!

¡En efecto, una larga hilera de beduinos, de color de arena, vira hacia nosotros! Su jefe viene a nuestro encuentro. Observa:

—¡Decididamente, hay mucha gente en este desierto! ¿De dónde venís?

—De la Galia.

—¡Ah, vosotros también!

—¿Qué quiere decir «vosotros también»?

—Precisamente acabamos de ven...

¡Hum!, de acompañar a un gallo y a una gala que encontramos en el desierto.

¿De vender? ¡¡¡De modo que son mercaderes de esclavos!!! ¡Serán camellos! A Obélix ya le están jorobando y, sin más contemplaciones, los manda a paseo. Pero, pensándolo mejor, agarra por la cola a dos dromedarios: serán para nuestro uso personal. Y allá vamos.

Siempre práctico, Obélix pregunta:

—Astérix, ahora que ya no somos romanos, ¿adónde vamos?

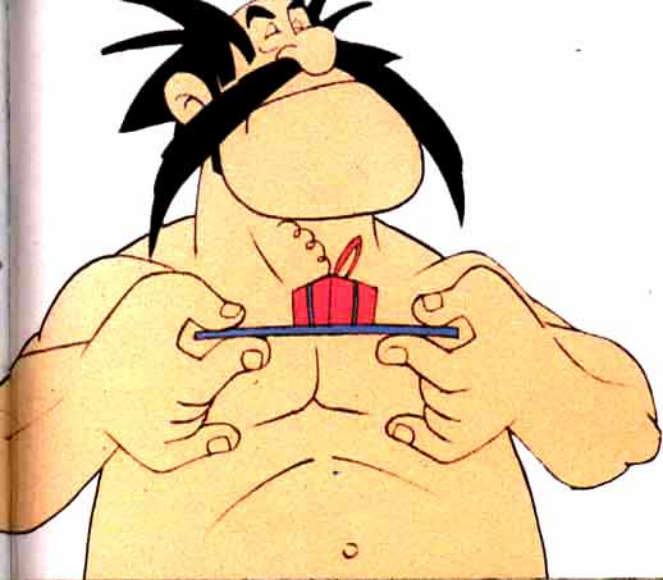
—A Roma.

—¿A Roma?

—Sí... Me huele (como un aroma) que es allí donde nuestros amigos serán vendidos como esclavos. ¡Y créeme, allí, si los romanos nos buscan las cosquillas, cuando nos marchemos te aseguro que la ciudad quedará en ruinas!







Je, je, je. En opinión de Cayo Obtusus, es el momento de ir a rendir cuentas a César de todo lo que he previsto para su triunfo.

Hoy debe de estar de buen humor: los esclavos de todos los países conquistados se dirigen a Roma, cargados de regalos.

—¡Oh, inmortal emperador, puedes estar satisfecho! Tu triunfo se presenta muy bien.

—Cayo Obtusus, quiero una fiesta magnífica, una fiesta digna de mi éxito...

—... la fiesta más bonita del mundo, oh, César.

—¡Oh, oohh! ¡Qué espectáculo! Soltaremos diez mil palomas antes de que tú, gran César, des la salida a la carrera de carros. Luego, los gladiadores. Te he preparado, oh, César, unos hombres magníficos, de fuerza prodigiosa, y además...

—Te he nombrado organizador de mi triunfo; si tienes éxito, haré de ti el hombre más rico de Roma, pero si fracasas, pasarás a formar parte de la fiesta... en el foso de los leones.

Ay, ay, ay, eso es un mal augurio. César se acerca al mapa en el que un legionario señala las provincias que le han enviado obsequios. Seguro que se dará cuenta de...

—¿Me decías que llegaban regalos de todas las provincias?

—Sí, César, miles de regalos.

—¿De todas las provincias?

—Sí... de todas las provincias... eeh...

—¿Todas? ¿Incluso de cierta aldea gala?

—Eeh, César... todas... eeh... todas o casi...



Para excusarme de semejante plancha, tengo que ingeniármelas para tener muchos esclavos en los juegos del circo. Por suerte, hoy tiene lugar el Mercado de los Comerciantes de Esclavos Extranjeros (C.E.E.). Ah, veo allí a Patatús, el importador especializado en la mercancía que viene de África. Curioso... Más bien parece que lo que tiene en el puesto de venta son galos...

—¡Patatús, pero si tú acostumbras a vender esclavos africanos!

—Vienen de África, Cayo. Pero son oriundos de la Galia.

—Ah, bueno, la chica no me interesa, pero el muchacho es robusto. ¿Cuánto quieres por él?

—Los vendo juntos a ambos por tres mil sestercios.

—¡Ufff! ¡Tres mil! ¡Demasiado caro!

—¡Es una rara mercancía! ¡Vienen de la punta de la Galia, de Armórica!

De Armórica... Vaya, vaya... Son irreductibles, sin duda... Sería una bonita sorpresa para César y así yo gozaría de nuevo de su favor. ¡LOS NECESITO!

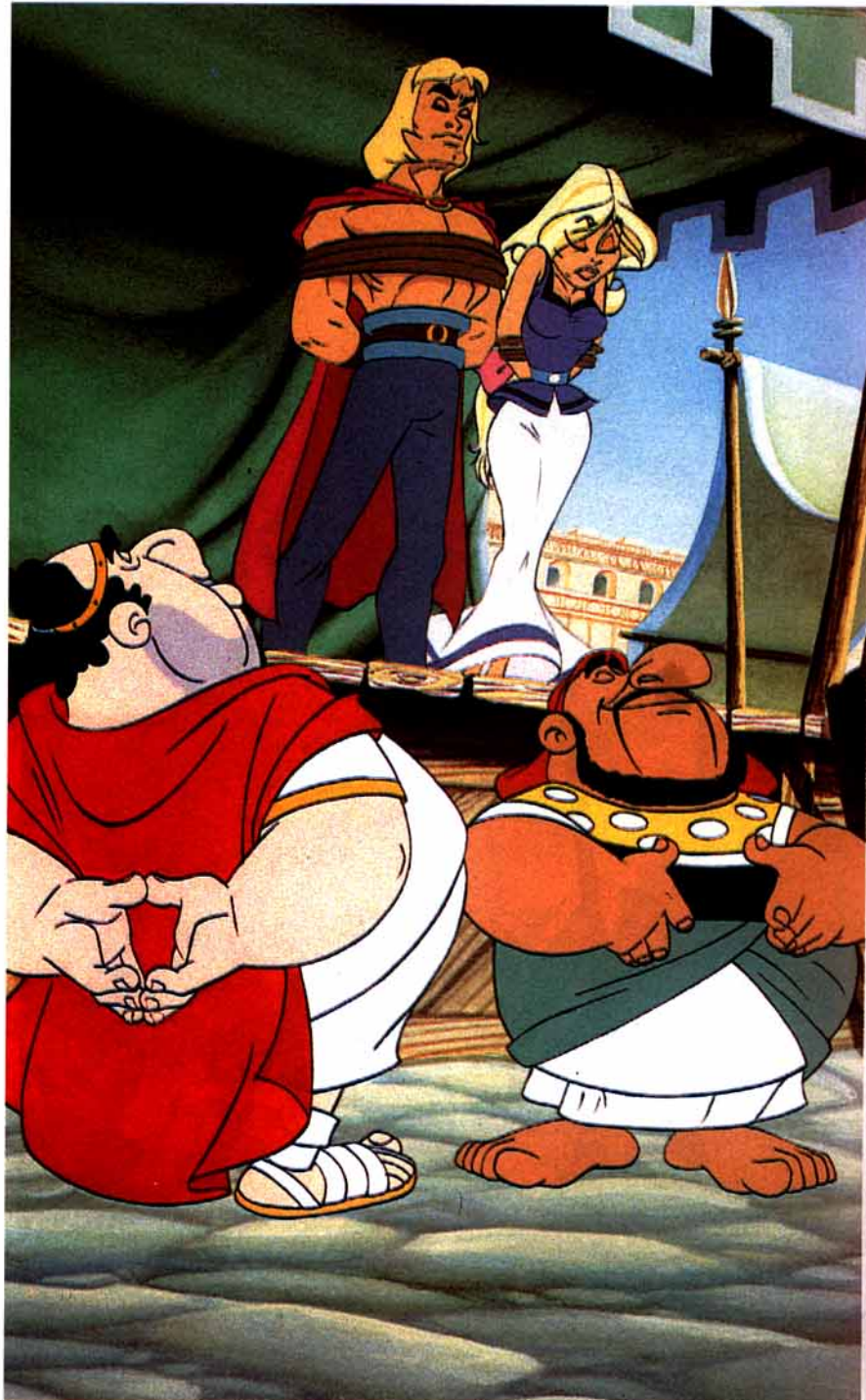
—Oye, Patatús, me parece que tu puesto de venta se sale de las normas... ¿eh? ¡Imagina que se entera el prefecto de Roma! ¡Je, je, je! ¡Perderías tu comercio!

—Te vendo los dos esclavos por dos mil sestercios, ¿vale?

—Claro, tú tienes el certificado de importación de los galos, ¿verdad? ¿Y si el tribuno de la ciudad te lo pidiera?

—Digamos mil sestercios...

—Y... hum... ¿Tu licencia de mercader de esclavos no estará caducada?





—Cincuenta sestercios, gran Cayo.

—Una última cosa... ¿Estás en regla con Hacienda?

—Déjame hacerte el regalo de esos esclavos, inmortal Cayo Obtusus, será un honor para mi humilde comercio.

¡Ya está!... Je, je, je. Ahora que tengo a los dos irreductibles puedo volver a presencia de César con la cabeza alta.

—Ave César.

—Ave Cayo. Bueno, ¿qué hay de nuevo con respecto a mi triunfo?

—¡Pues he dispuesto que pasen ante ti esclavos venidos de todos los países que has vencido!

—¿De todos los países?

—¡Sí, sí, César! ¡Hasta los mismísimos irreductibles se inclinarán en tu honor en la arena del circo!

—¡Jamás!

¿QUÉ? ¿Qué? ¿Cómo que jamás? Ese joven esclavo galo se atreve a contestarle a César...

—¡Soy Tragicómix, el hijo de un jefe de Armórica, y no un esclavo!

—Resultas muy audaz, joven galo. Pero tienes razón, voy a reservarte otra suerte, más digna de ti. ¡Que lo encierren, solo, en una mazmorra!

—¡No, no! ¡Jamás me separaré de él! ¡Antes la muerte!

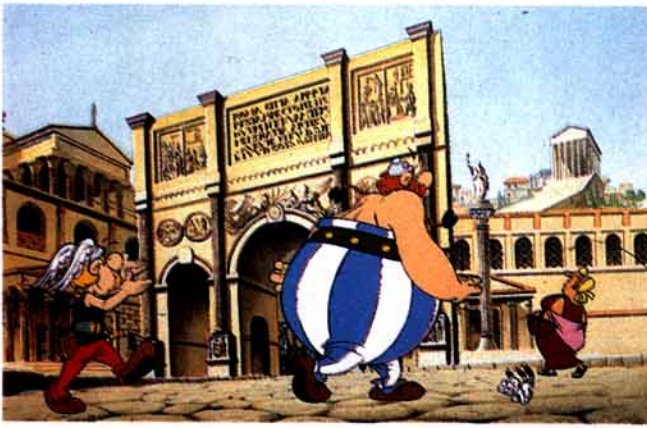
Es la otra, la chica, quien se entromete. ¡Y yo que creí que sólo era una débil matrona! César —pero qué generoso es— accede a su petición:

—¿Morir? Si éste es tu deseo... Que los metan a los dos en las cárceles del Coliseo... Los echaremos a los leones.









Ya se sabe: todos los caminos llevan a Roma. ¡Hasta en el desierto! Llegamos así, sin problemas, a la Ciudad Eterna.

Para dar con Tragicómix y Falbalá, vendidos por los beduinos del desierto, lo mejor es ir al mercado de esclavos. Parece que ciertos comerciantes ofrecen allí mercancía venida de África. Allí veo a uno, precisamente.

—Oye, ¿tú no habrás vendido a un hombre y una mujer venidos de la Galia?

—¿Quieres información? Pues cuesta caro.

A mi lado veo a Obélix que se muere de ganas de arreglarle las cuentas. No serán las del Gran Capitán, pero darán el golpe. Así que le paga con unos cuantos mamporros contantes y sonantes. El otro no devuelve el cambio, pero tampoco regatea sus explicaciones:

—Los he vendido a un tal Cayo. Le reconocerás fácilmente. Siempre va vestido de rojo y va todos los días a los baños...

Nada de vacilar. Allá vamos también.

En el vestíbulo, un efebo nos acoge:

—¡Nobles señores! ¡Tenéis que desnudaos!

Obélix está perplejo.

—¿Es un amigo?

—¡Sí, sí, hagamos lo que dice!

Al salir del vestuario, nos dirigimos al sudatorium. Un hombre nos cierra el paso:

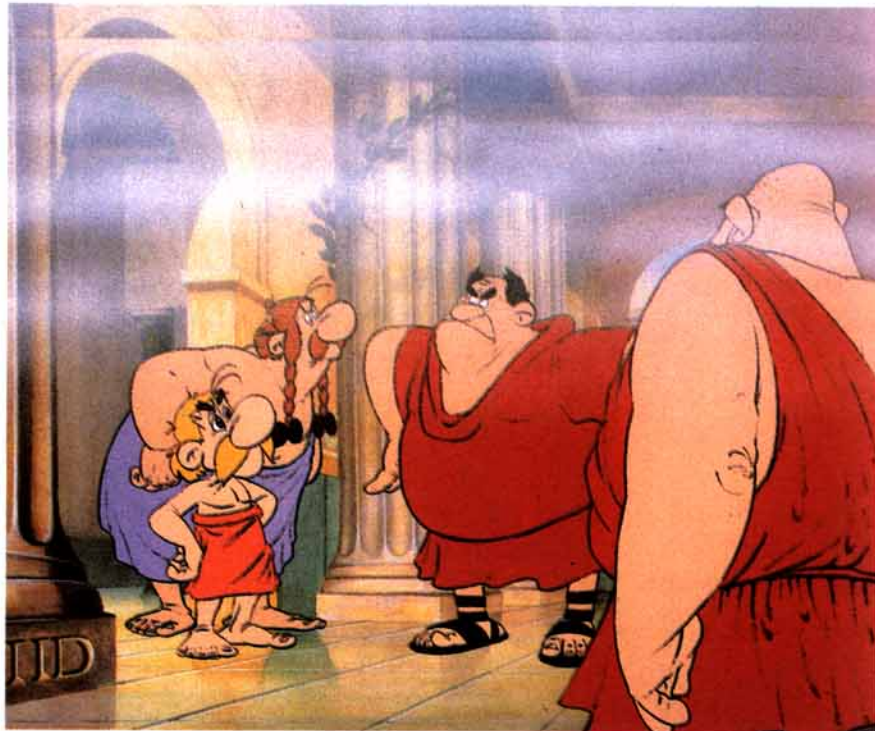
—Aquí no se entra, pequeñajo...

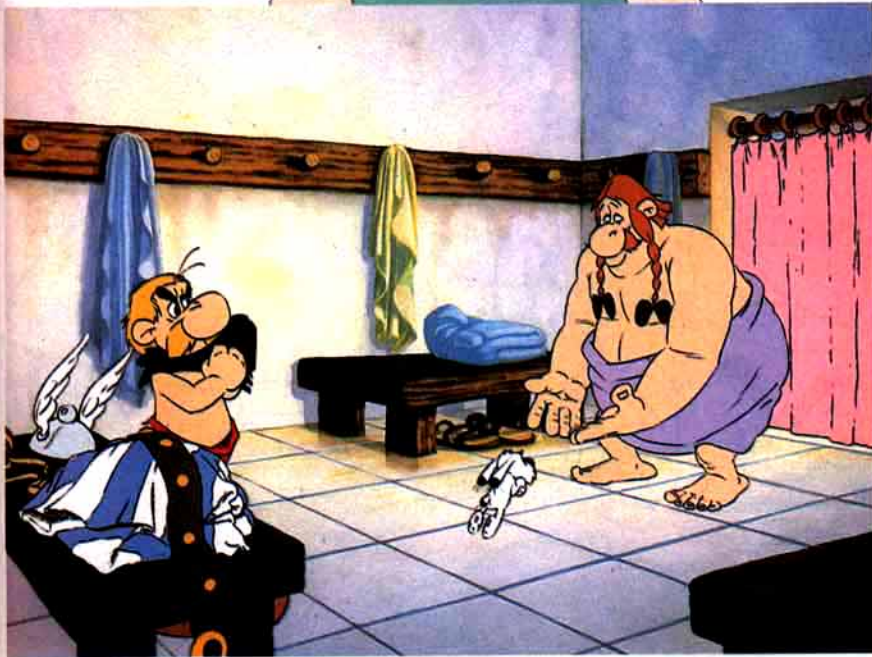
Pero Obélix no lo entiende:

—¿A quién le hablas tú así?

—¡A ti, gordinflón, nadie te ha preguntado nada!

—Oye, Astérix, ¿no son amigos?





—¡Seguramente no!

—¡Bueno!

Y de un empujón, el «gordinflón» envía a su interlocutor a un rincón.

En cuanto a mí, me doy cuenta de que en un lugar donde todo el mundo se desnuda, va a ser difícil dar con una toga roja que lleve a Cayo Obtusus dentro. Decido, pues, prescindir de las aguas termales para evitar mayores males.

Pero Obélix, que ve una piscina, no. Sin vacilar, salta. Pero no hay lugar para dos: es el agua o él. El agua se va.

Fastidiado, le empujo hacia el vestuario. Damos de nuevo allí con Ideafix o, mejor dicho, Obélix da con el perrito bonito de su papáito. Le explico a ese amigo de los animales que es muy importante echarle el guante a Cayo Obtusus.

Pero no me escucha:

—¿Se ha portado bien el perrito de su papáito?

Y ahí, me pongo nervioso...

—¡Pero date prisa! ¡Ya hemos estado demasiado tiempo aquí! ¡Venga, de prisa, Obélix!

—Señorr Astérix, tengo derecho a decirle hola a mi perrito.

—Señorr Obélix, no tengo tiempo que perder.

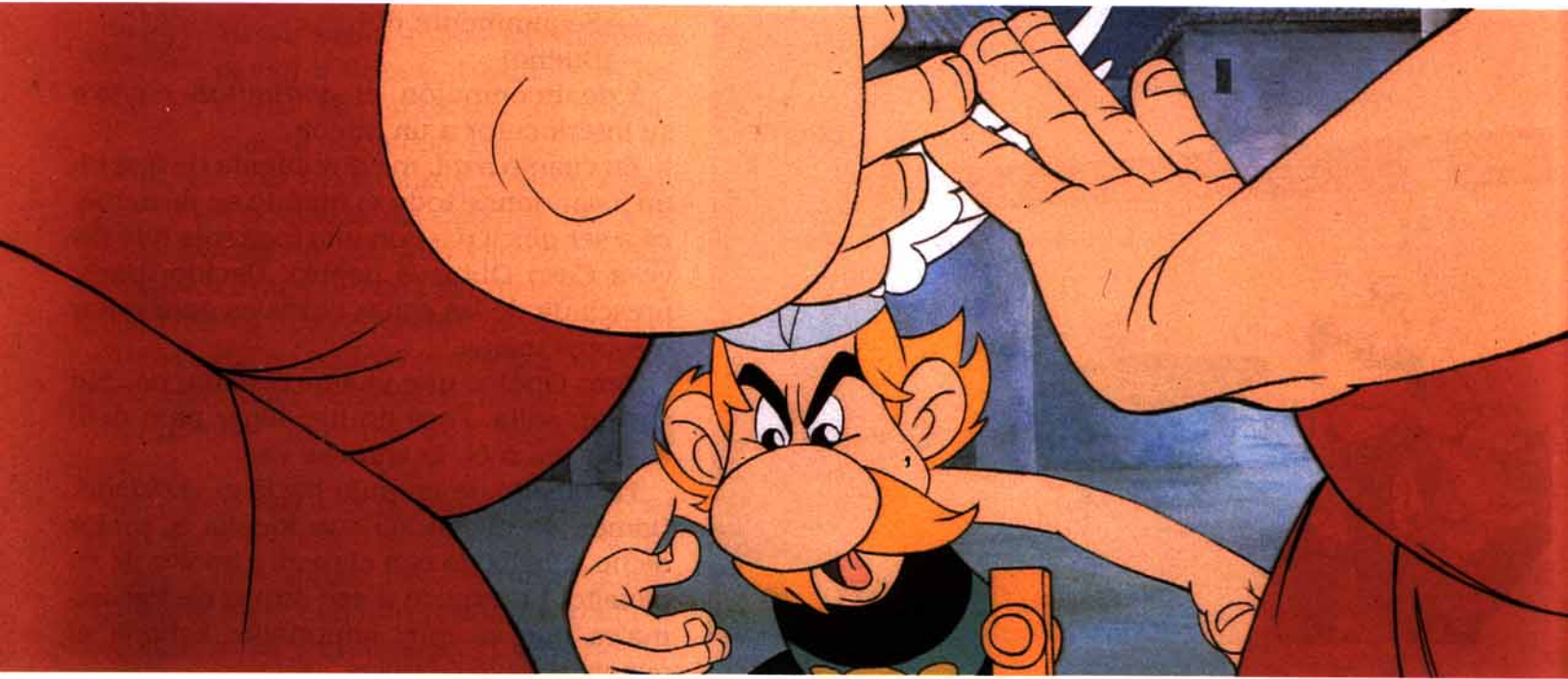
—¡Y haz el favor de no gritar, que vas a asustar a Ideafix!

—¡Estoy tranquilo, Obélix!

—¡También yo estoy TRANQUIIILO!

Como que cada minuto es precioso, salgo del vestuario dejando que Obélix acabe de vestirse.

Ya se reunirá conmigo.





Pero con nuestro jaleo, todo el barrio está sobre aviso. Se acercan unos hombres a mí. Aprovecho para preguntarles:

—¿Conocéis a Cayo Obtusus?

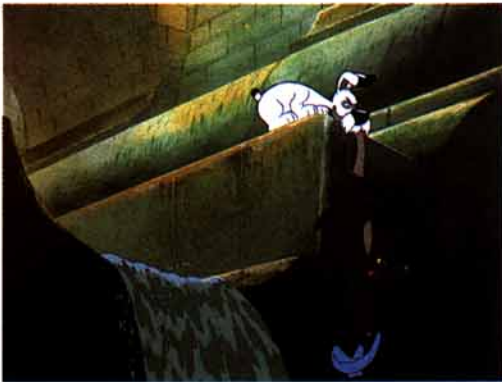
—¡Sí, muy bien! ¡Ja, ja! ¡Dirige la escuela de gladiadores y se interesa por ti! ¡Atrapadle!

Pronto, un trago de poción mágica. Mi cantimplora... ¡Por Belisama! ¡La he perdido! ¡Estoy listo! ¡Obélix, socorro!, ¿dónde estás?

Me encierran en una mazmorra. Solo. Fuera hay tempestad, tormenta. Retumba el trueno, Obélix, ¿qué haces? ¿Dónde estás, Obélix? Pero ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué Cayo Obtusus se interesa por mí? Tal vez nos ha visto en las termas y Obélix le ha impresionado con su fuerza. A mí me toma por su entrenador... ¿Obélix, Obélix? Me debe de andar buscando. Me lo imagino errando por las calles de Roma, gritando mi nombre.

¡Y pensar que he perdido mi cantimplora!... Pero ¿dónde estará? ¿Quién la habrá encontrado? ¡Ah, si Ideafix estuviera aquí! Él sabría dar con ella...











Todas las nubes del cielo lloran conmigo sobre Roma, y el agua que corre por las *viae* baja también a mi mazmorra.

¡Obélix! ¿Dónde estás? El agua no cesa de subir. Estoy en ella hasta el cuello, me voy a ahogar... Aah... ¿Ooh? ¡Obélix! Obé... ¡Obélix! ¡Corre! ¡A mí! ¡Socorro!...

—¡¡Astérix, Astérix!!!

Aquí está Obélix. Le oigo llamarme. Me anda buscando. Pero no me ve. ¡Ya está!... Ha visto mi casco que flotaba, llevado por el agua. ¡Aquí está Obélix! Se zambulle en el agua, tras haber arrancado los barrotes, y me ayuda a salir de nuevo al aire libre.

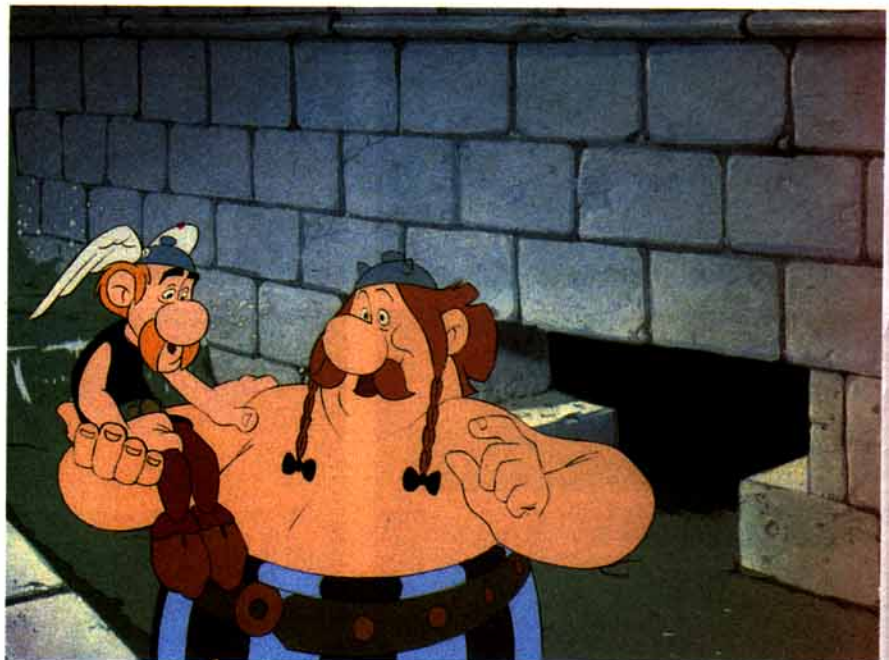
—¡Astérix!

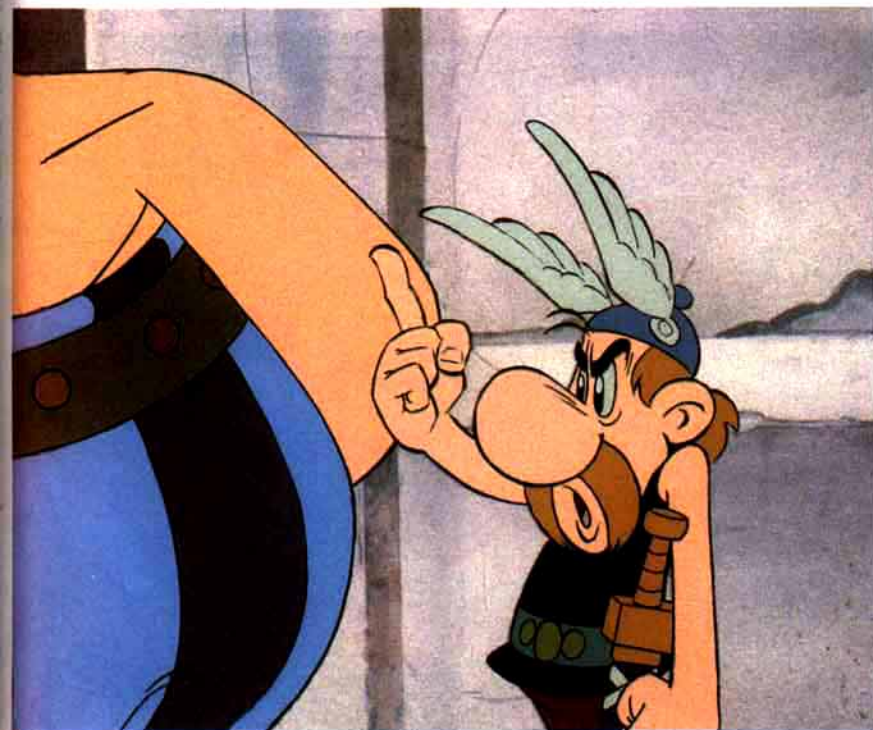
—Obélix, amigo mío, ya era hora de que llegaras.

De nuevo juntos, por fin, reconciliados.

—Con todo esto, he perdido mi poción mágica.

—Y yo he perdido mi perrito... Me pregunto dónde ha ido a parar.





Pasó la tempestad. Un dulce claro de luna inunda el Coliseo. En el silencio de la noche, canta una mujer. Hay gente escuchándola, emocionada hasta las lágrimas. Un romano nos cuenta:

—Es una prisionera gala. Canta así todas las noches...

—¿Es una gala, dices?

—Sí, el día del triunfo de César la van a echar a los leones.

¡ES FALBALÁ!

¡Rayos y truenos! ¡Hay que impedir tal cosa! Digo en voz alta, rabioso:

—¡Pensar que no la tengo!...

—¿Hablas de Falbalá?

—No, hombre, no... ¡De mi cantimplora!

—Parece que a los dioses implora...

—¿Quién?

—La que cant...

No dejo que Obélix termine. Me lo llevo a un lado:

—Los únicos que entran aquí son los condenados, los leones y los gladiadores. El día del triunfo, entraremos también. Vamos a convertirnos en gladiadores.



Dicho y hecho: en las primeras horas del día, nos plantamos en la escuela de gladiadores. En lo alto de una tribuna gesticula un

hombre —probablemente Cayo Obtusus:

—¡Necesito a los dos! ¡Al gordo y al pequeño! ¡Me vas a poner a todo el mundo tras ese asunto! Quiero verlos aquí hoy, ¿me oís?

Interrumpo tan dulce parloteo:

—¿Eres Cayo Obtusus?

—Yo soy, ¿eh? Ah, yo no... yo...

—¡Queremos ver a Cayo Obtusus!

—Sí, no, pero aquí no no, voy a explicaros, es muy sencillo...

—Queremos convertirnos en gladiadores.

¡Vaya! Ahora se calma.

—¡Gladiadores! ¿Os queréis convertir en gladiadores? Entonces yo soy Cayo Obtusus.

Hasta se calma demasiado:

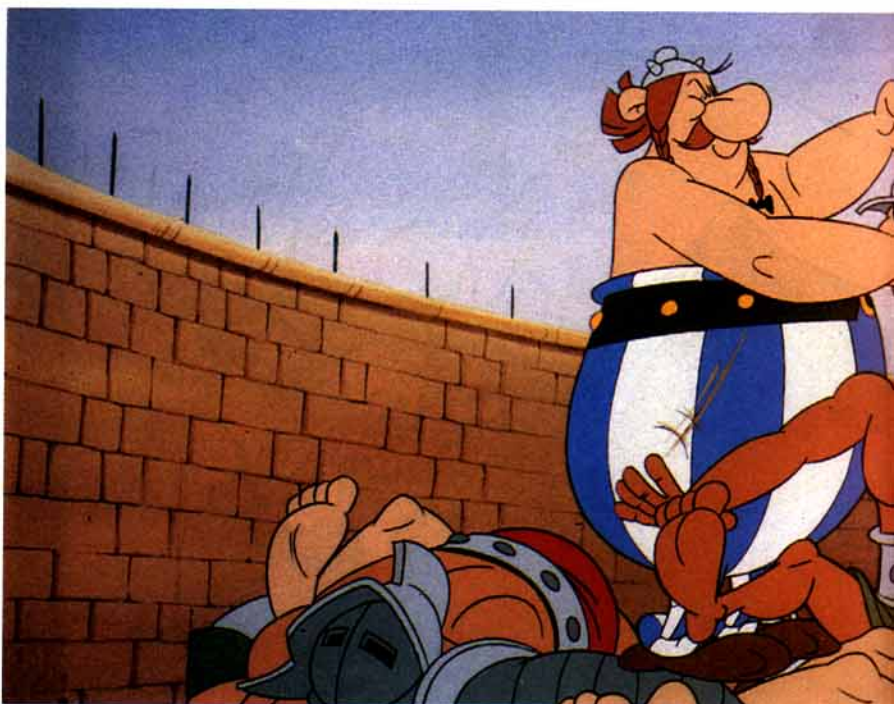
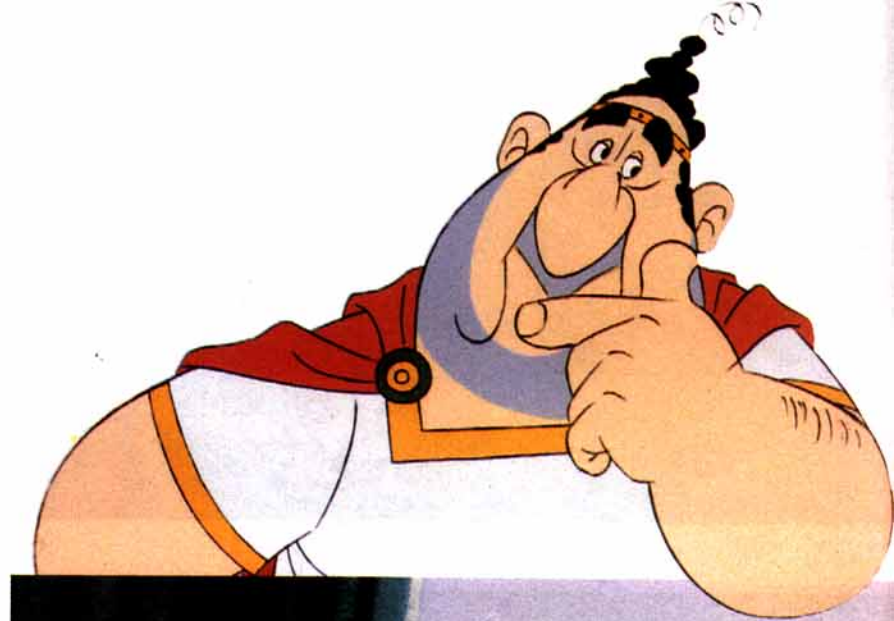
—¡Queréis ser gladiadores, je, je! Os voy a poner en manos del más terrible de los maestros, del más feroz de los entrenadores: ¡Rompehúmerum!

¡Rompehúmerum! ¡Ese viejo amigo! Extraño, ¿verdad? No parece feliz al volver a vernos:

—¡Oh! ¡Oh, no! ¡Oh, piedad! ¡Piedad, no quiero, no! ¡Todo menos esto! ¡Oh, no, no quiero verlos!

—¡Queremos convertirnos en gladiadores! ¡Por favor, Rompehúmerum, enséñanos!

Rompehúmerum se decide de un solo golpe. Nos lleva al patio donde se encuentran nuestros futuros camaradas. Allí, hace las presentaciones:





—¡Gladiadores, aquí tenéis a dos nuevos! ¡Me los vais a entrenar, eh!

¡Y se va dando un portazo! Nuestros amiguitos no parecen muy acogedores. Pero hemos aprendido a defendernos en la dura escuela de la Legión, y los gladiadores se enteran a expensas suyas...

Viéndonos salir indemnes del patio, Rompehúmerum se pone a temblar como un jabalí en visperas de una victoria gala, y corre a darle su dimisión al director:

—¡Se a-ca-bó! ¡Adiós, Cayo Obtusus!

—¿Adónde vas?

—Me voy a pedir mi pensión de ex combatiente...





¡Ya está, ya llegó el gran día! Y, por Juno, que esos dos van a estar grandiosos...

Una multitud impaciente, ávida de sensaciones, llena los graderíos del Coliseo. De repente, las trompetas anuncian la llegada de César al palco de honor. Taratariiii. Y esa música suena agradablemente a los oídos del Emperador. Me deslizo junto al gran hombre y susurro en las mismas orejas imperiales:

—¡Será un triunfo, hum, triunfal César! ¡Nunca se ha visto tal cosa en Roma, un programa excepcional!

—¡Que así sea por tu bien, Cayo! Si no, formarás parte del programa. ¡Que empiecen los juegos!

Y las blancas palomas alzan el vuelo para marcar el principio del triunfo de César.

Grandilocuente, el esténtor anuncia:

—Y ahora llega el momento tan esperado... ¡LA CARRERA DE CUADRIGAS!

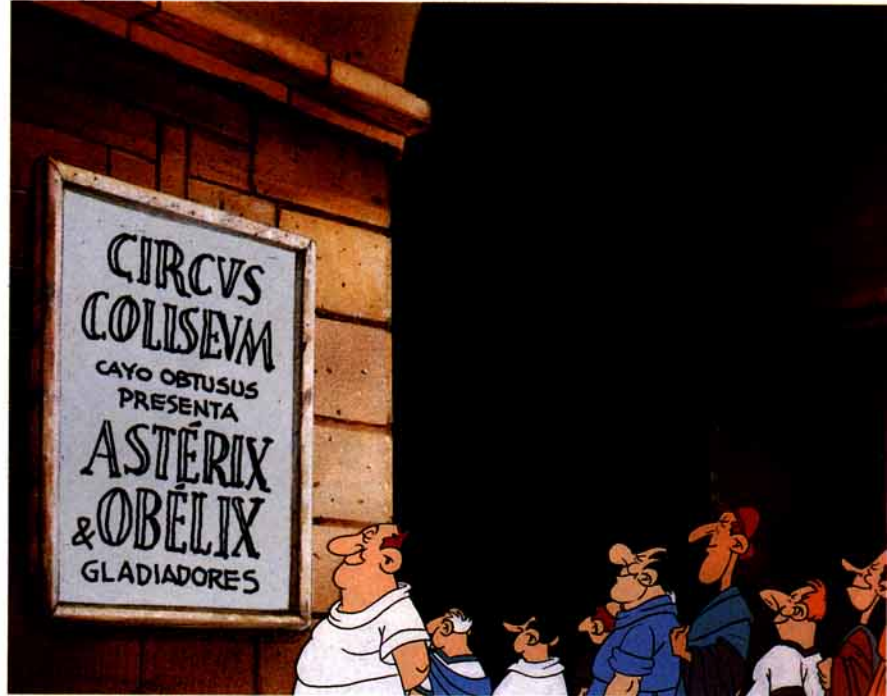
Bueno, hasta aquí todo va bien. Vamos, que no acabaré mis días en la panza de un león... Ah, allí llega la primera cuadriga. ¡Oh! ¡Por Minerva! Pero ¿qué hacen aquí esos dos galos? ¡¡¡Están preparados para combates de gladiadores, y no para carreras de cuadrigas!!! ¡Ay, ay, ay! A César esto no parece gustarle...

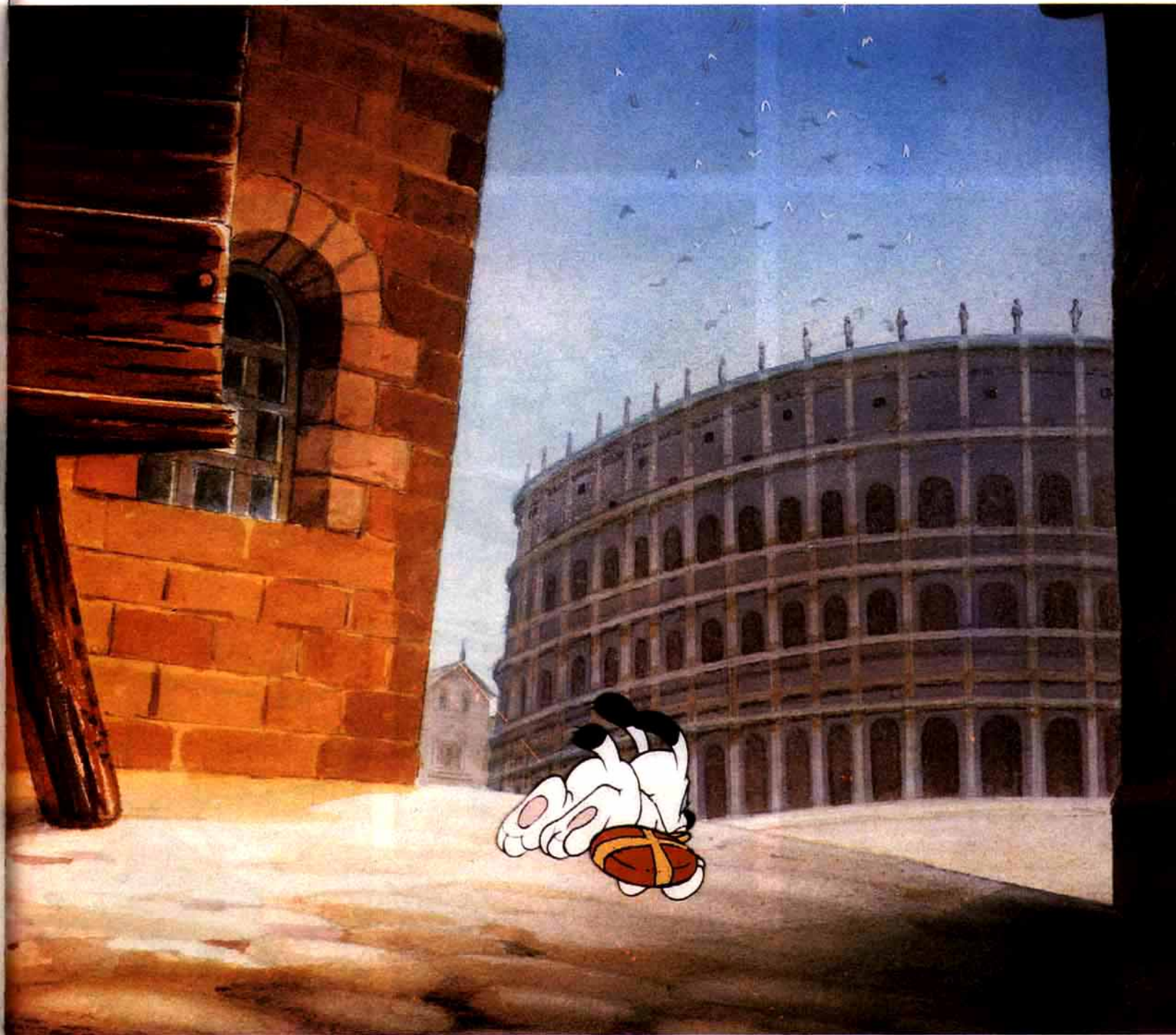
—¿Dos hombres para conducir un cuatro-caballos? ¿Qué significa esa fantasía, Cayo Obtusus?

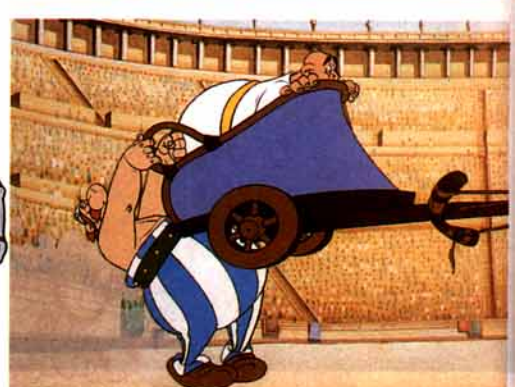
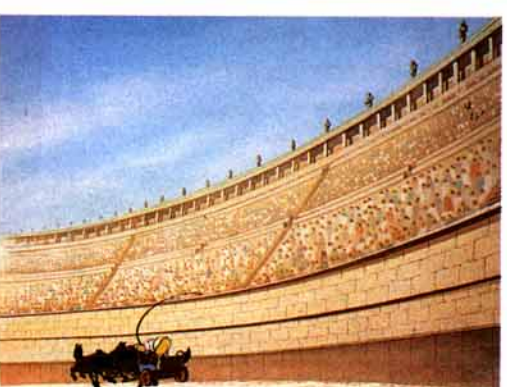
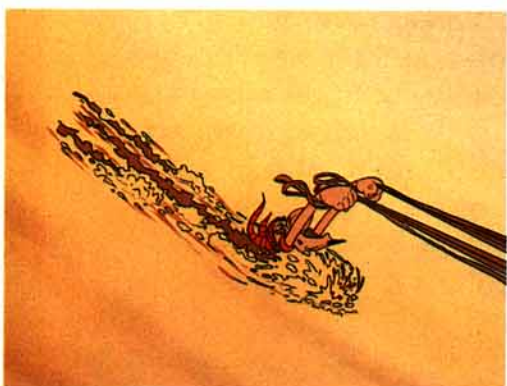
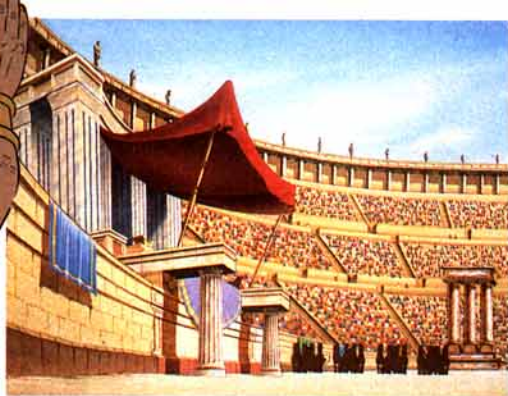
Si solamente intentaran pasar inadvertidos... ¡Pero no! Siempre tienen que hacer su numerito circense, esos dos...

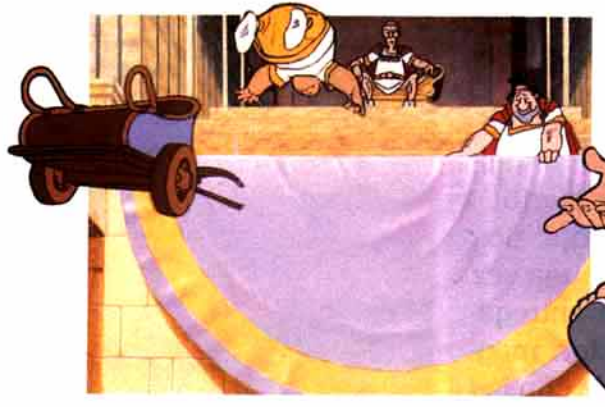
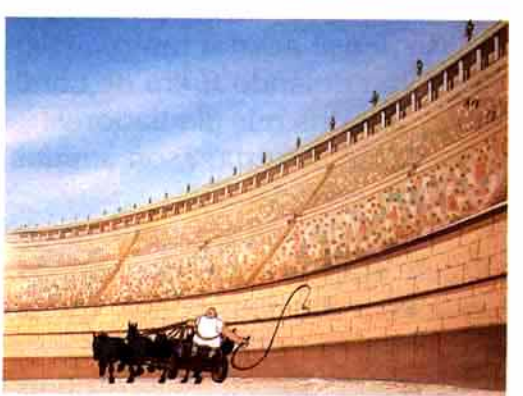
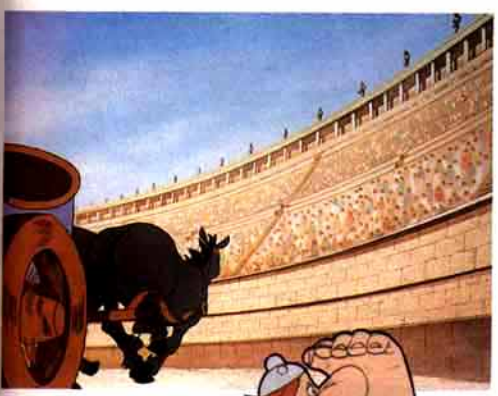
Tal como los conozco, seguramente se las arreglarán para llegar los primeros.

¡Y ya está! Ya lo decía yo.













Ah uf... Ya el esténtor anuncia la continuación...

—Y ahora lo mejor de nuestro espectáculo: la *troupe* de gladiadores de Roma, formados en la escuela de Cayo Obtusus para hacer del triunfo de César el mayor triunfo del mundo.

Le explico al Emperador:

—Estoy bastante contento de mí, César. Vas a ver, en el grupo, a dos hombres que están completamente fuera de lo corriente.

—¡Ave César! ¡Los que van a morir te saludan!

—¡Hola, Julio! ¿Qué tal?

Ay, ay, ay... Estos galos...

—Tienen poca educación, César... Pero son combatientes formidables, máquinas de matar, la multitud se quedará maravillada.

No pensé acertar tanto... Mientras discuten, van dejando fuera de combate, uno a uno, a todos mis gladiadores.

—Dime, Astérix, ¿son amigos nuestros?

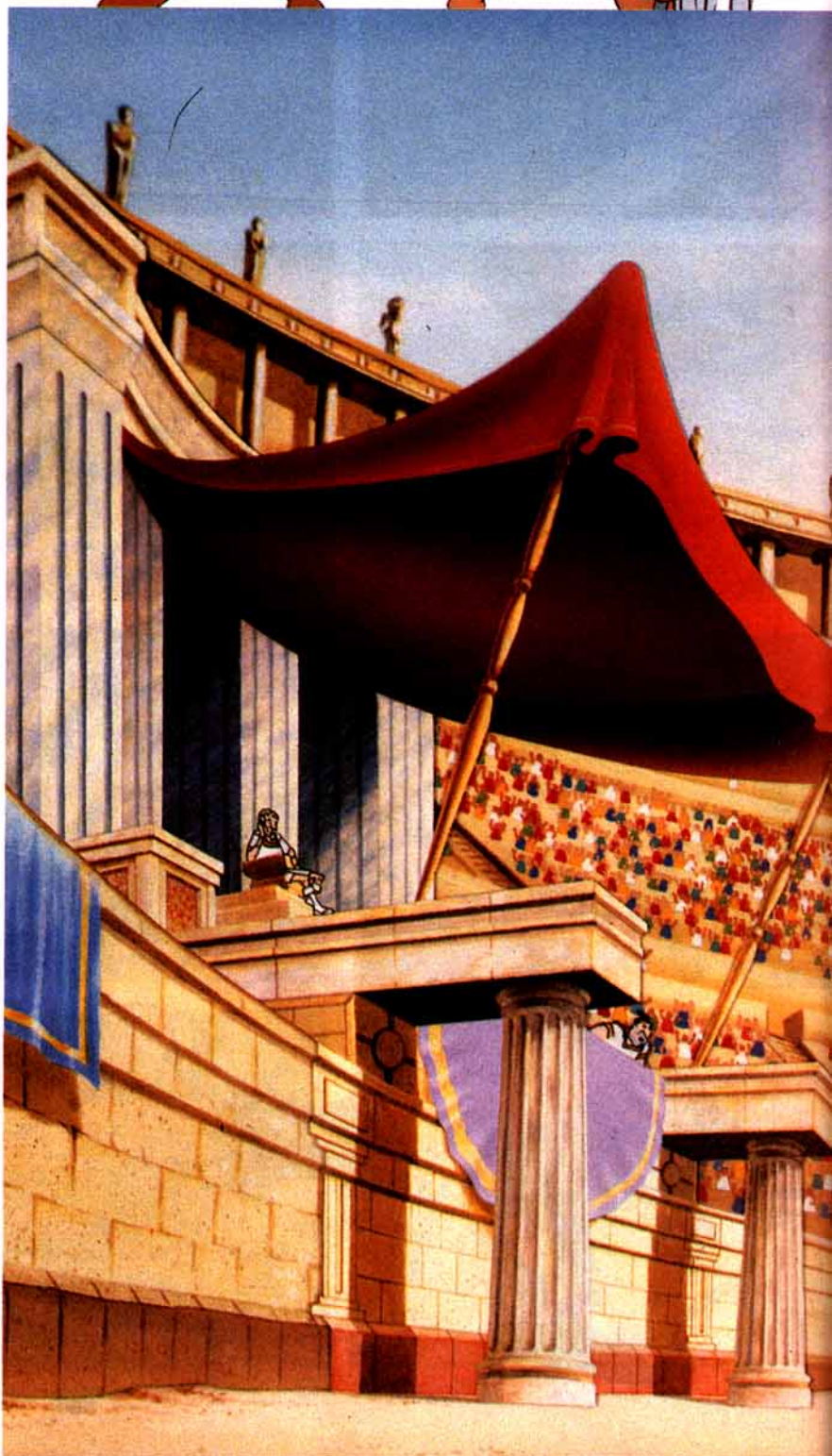
—No creo, Obélix.

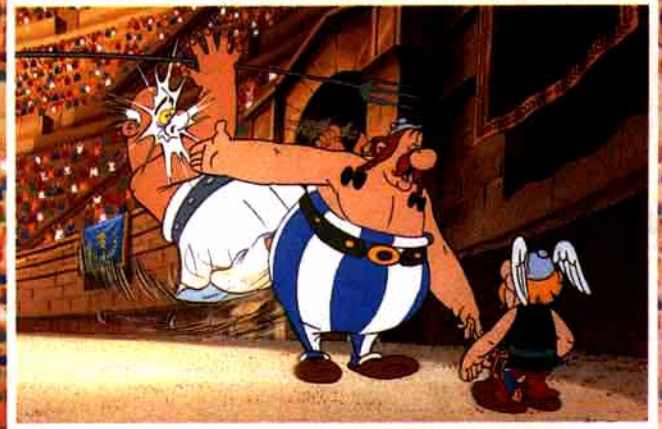
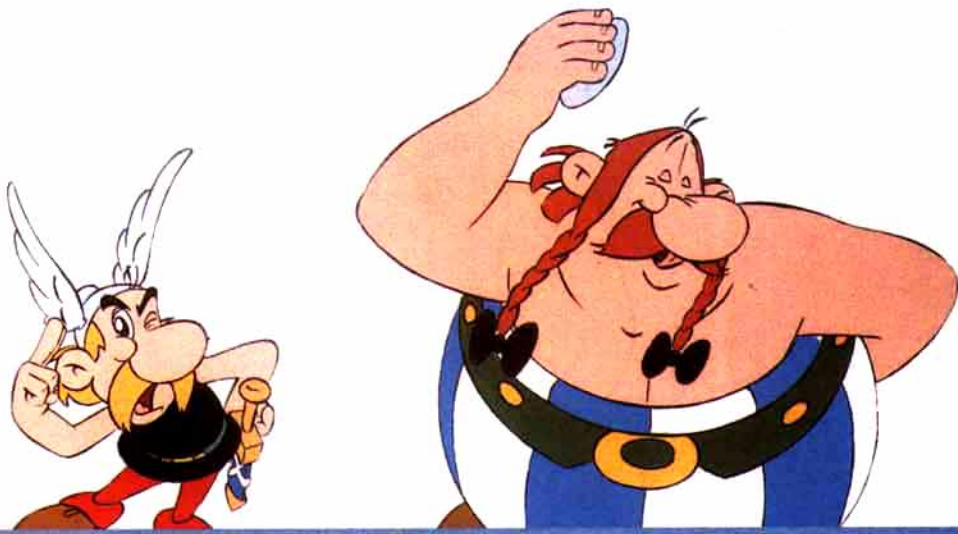
—Pues yo ya no entiendo nada. En la Galia eran nuestros enemigos, en África nuestros amigos. Puede que Julio me lo explique.

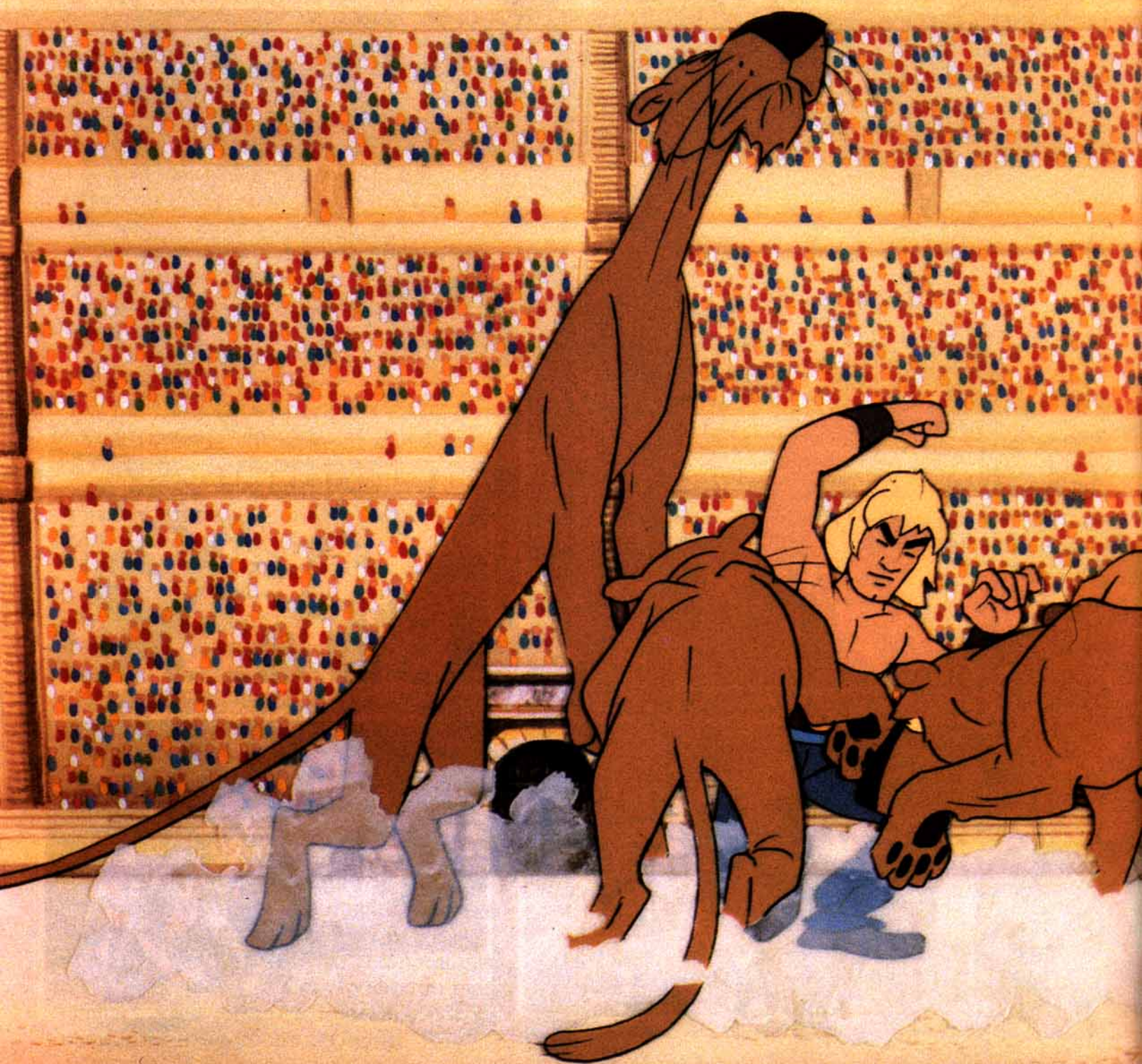
Mientras tanto, Julio no parece contento. ¡Pronto, pronto, que vienen los leones!... ¡Esto sí que no puede fallar! Le gustará.

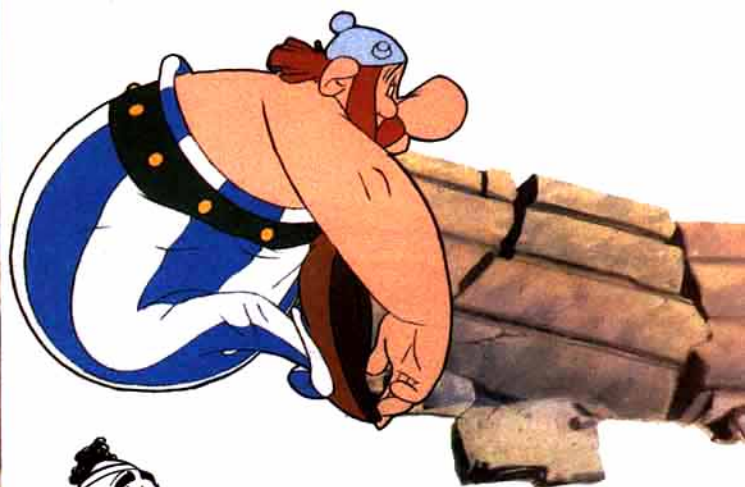
—Oh, César, tienen un hambre terrible. ¡Desde que los capturaron, los han alimentado solamente con un yogur diario!

El esténtor explica a la multitud que dos galos, Tragicómix y Falbalá (¡uf!, por una vez no son ni Astérix ni Obélix) serán entregados a los leones y que el Emperador, magnánimo, ¡los autorizará a defenderse con las manos desnudas contra las fieras!









En el mismo momento, en la arena, se oye:

—¡Mi perro!

—¡Mi poción mágica!

¿Y qué? Efectivamente, es un perrito lo que acaba de entrar, adelantando a los leones más feroces del Imperio. El gordo gallo (¡otra vez él!) exclama «mi pequeño Ideafix» mientras el otro, el pequeño, se apodera de la cantimplora que el can tiene en su boca. Conmovedora escena de familia...

Pero ¿acaso sueño? ¿Dónde creen estar esos dos? ¡Ah, por fin! El gordo reacciona:

—¡Los leones! ¡Los leones! ¡¡¡Estupendo, estupendo, estupendo!!!

¡Unos locos! ¡¡¡Son unos locos!!! Están delante de cien mil espectadores entre los cuales está el mismísimo Julio César. Van a ser devorados por los leones y ¿qué hacen? ¡Se guasean!

Una cantimplora vuela por los aires. El esclavo Tragicómix la atrapa y bebe. ¡Increíble! ¡Tiene sed y bebe! ¡Como en la taberna!

Por suerte, ahí llegan los leones... ¡Je, je!

¡Qué fallo! ¡Qué fallo! El gallo bebido lanza los leones sobre la multitud. Pánico en los graderíos: los espectadores huyen rugiendo de terror...





Y para postre, al ver pasar a Falbalá, la linda gala, Obélix, el gordo, se pega contra una columna de mármol, que se derrumba mientras todo, en torno a nosotros, se pone a temblar.

Impasible, César me hace notar:

—¡Tenías razón, Cayo! Es un programa excepcional, una gran sorpresa. Nunca se ha visto esto en Roma.

Antes de que yo haya podido articular un sonido, los cuatro galos están ante él: Astérix le implora:

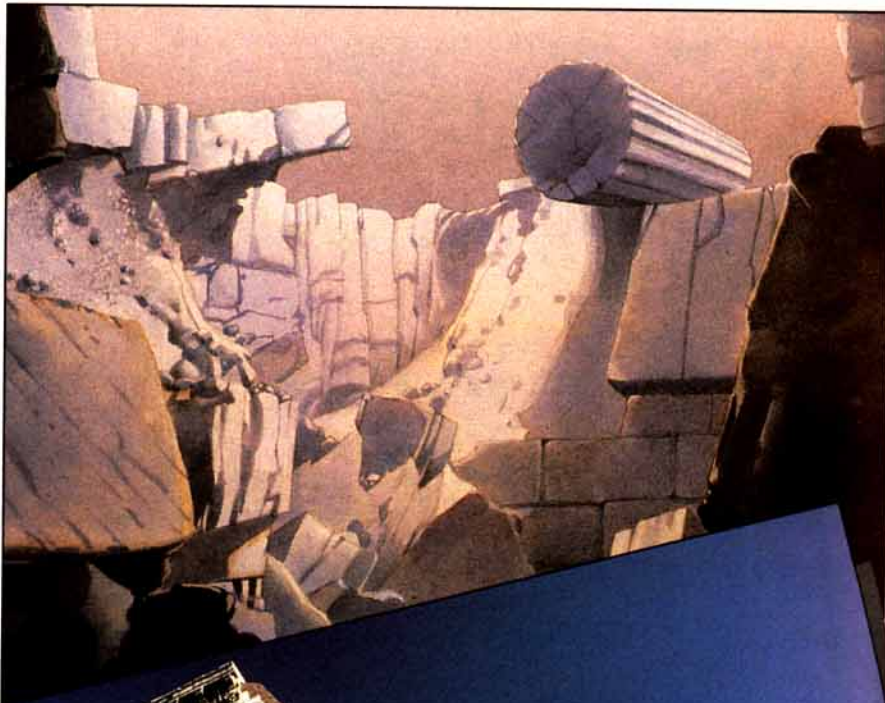
—Sé generoso, César. ¡Concede tu gracia a esos dos esclavos valerosos!

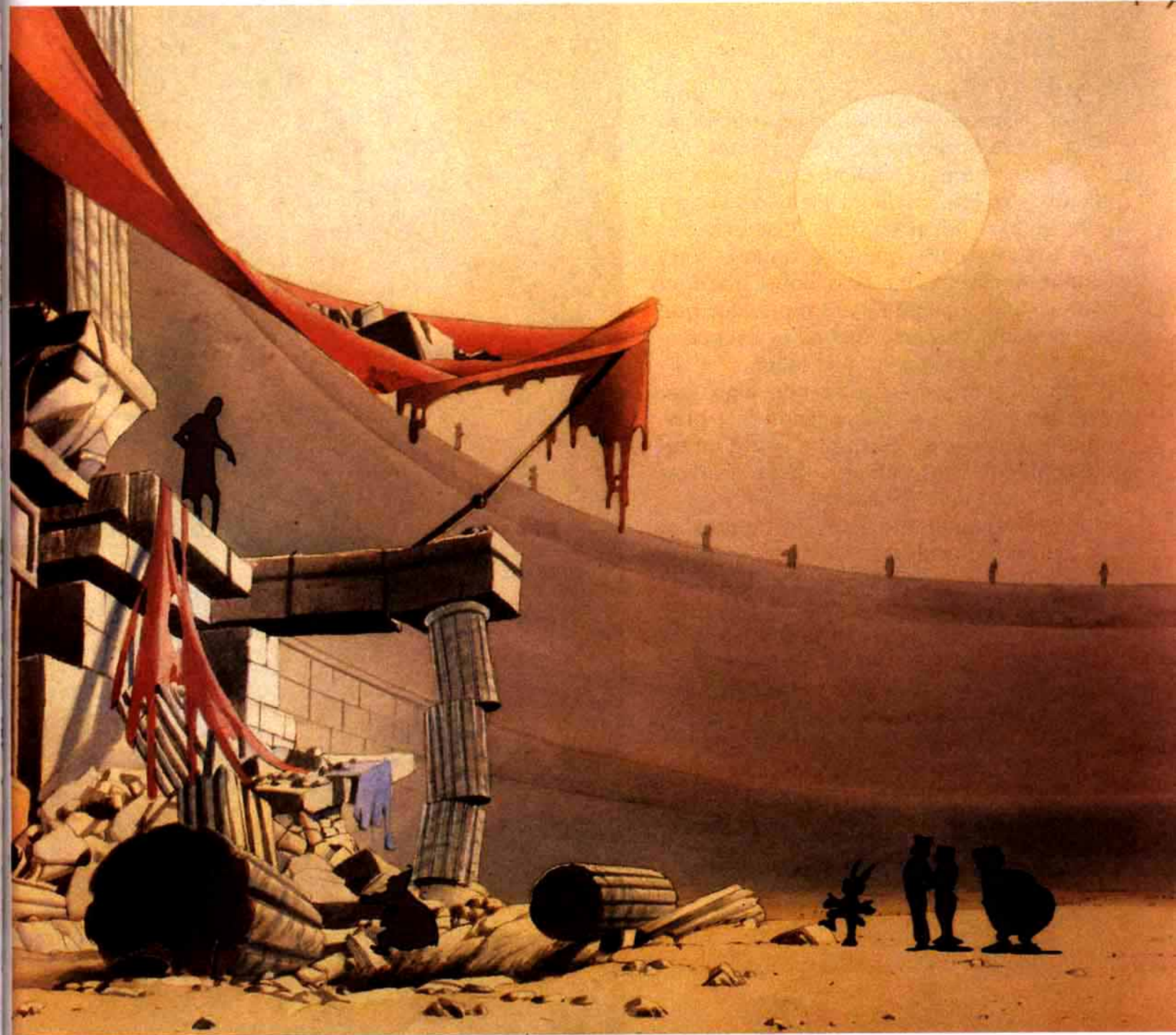
—... César es infinitamente magnánimo...

—responde el gran César— ... o casi.

Su mirada penetrante me hiela los huesos. Pero con respecto a los galos, continúa:

—¡Sois libres!







Y como siempre, nuestros amigos del pueblecito nos han dado la sorpresa de un banquete. Un banquete magnífico. Abraracúrcix, nuestro jefe, reclama silencio y sube a la mesa para hacer un breve discurso:

—Amigos míos, queridos amigos... ¡El triunfo de César ha sido sobre todo el triunfo de los galos! Es el Emperador que yo blablabla valeroso blablabla excepcional blablabla magnifico blablabla...

Pero, intentando acabar con algo que cayera lo mejor posible, nuestro jefe pierde el equilibrio, se derrumba sobre un tonel y rueda sobre la mesa, ¡para aterrizar en medio de las salchichas!

Mientras tanto, Tragicómix y Falbalá se pierden en largos agradecimientos. Tragicómix hace el elogio de Obélix, mientras Falbalá me recompensa con un beso, un beso que hum... hum... ¡Hay que ver, qué tontería!... hace que me ruborice como un mozalbete, y me deja en una agitación extraña, embrujado el corazón, vaga y dulce el alma, mientras que indiferente a todos, me aísla para soñar...









Fin  
del episodio

YA PUBLICADOS  
POR SALVAT EDITORES

ASTÉRIX EL GALO  
LA HOZ DE ORO  
ASTÉRIX Y LOS GODOS  
ASTÉRIX GLADIADOR  
LA VUELTA A LA GALIA  
ASTÉRIX Y CLEOPATRA  
EL COMBATE DE LOS JEFES  
ASTÉRIX EN BRETAÑA  
ASTÉRIX Y LOS NORMANDOS  
ASTÉRIX LEGIONARIO  
EL ESCUDO ARVERNO  
ASTÉRIX Y LOS JUEGOS OLÍMPICOS  
ASTÉRIX Y EL CALDERO  
ASTÉRIX EN HISPANIA  
LA CIZANA  
ASTÉRIX EN HELVECIA  
LA RESIDENCIA DE LOS DIOS  
LOS LAURELES DEL CÉSAR  
EL ADIVINO  
ASTÉRIX EN Córcega  
EL REGALO DEL CÉSAR  
LA GRAN TRAVESÍA  
OBÉLIX Y COMPAÑÍA  
ASTÉRIX EN BÉLGICA  
LA ODISEA DE ASTÉRIX  
EL HIJO DE ASTÉRIX  
ASTÉRIX EN LA INDIA  
ASTÉRIX, LA ROSA Y LA ESPADA  
LA GRAN ZANJA  
EL MAL TRAGO DE OBÉLIX  
ASTÉRIX Y LATRAVIATA  
LA SORPRESA DEL CÉSAR  
EL GOLPE DE MENHIR  
ASTÉRIX EN AMÉRICA  
CÓMO OBÉLIX SE CAYÓ  
EN LA MARMITA...

